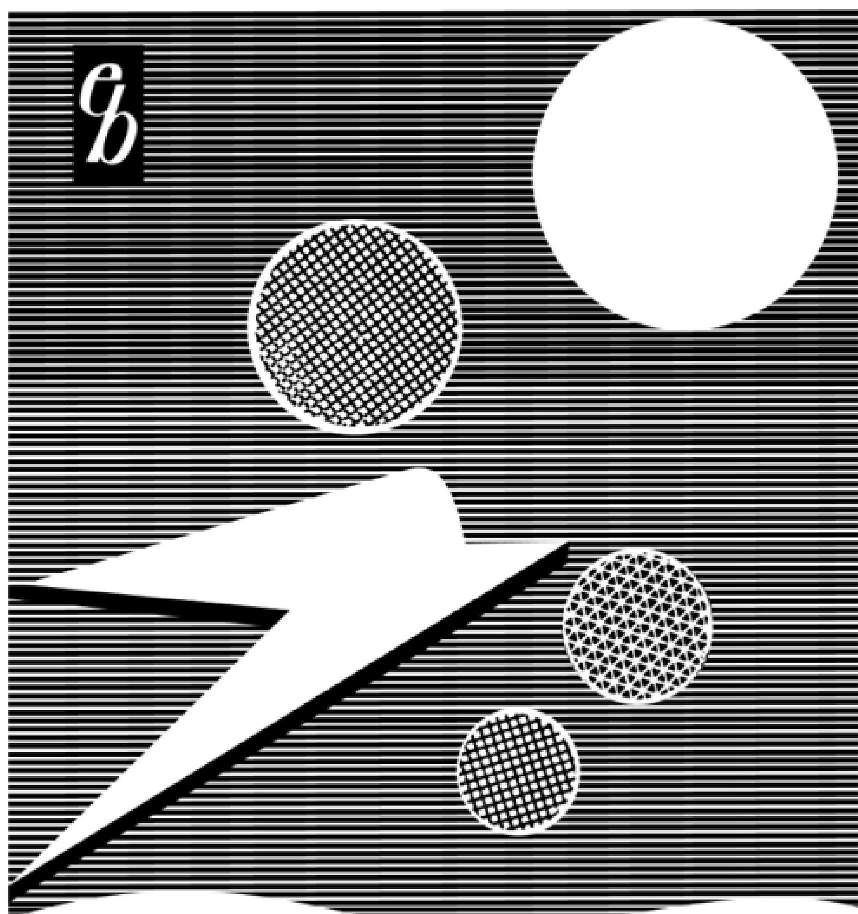

LA PIEL DE
LA SERPIENTE
GLENN
PARRISH
BOLSILIBROS
BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO

LA PIEL DE LA SERPIENTE

GLENN PARRISH





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

GLENN PARRISH

LA PIEL DE LA SERPIENTE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 21

Publicación semanal

Aparece los VIERNES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 44.056-1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A,

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — Un minuto en la cuarta dimensión. — *Ralph Barby*.

1.

1. — Torbellino de horror. — *Marcus Sidéreo*.

1.

1. — Máquinas rebeldes. — *Glenn Parrish*.

1.

1. — S.O.S. Venus. — *Peter Debry*.

1.

1. — Nunca se muere. — *Lucky Marty*.

CAPITULO PRIMERO

La plaza era un hervidero de gentes de todas clases. Desfilaban los hombres rojos de Gerstek VI, los «pieles escamosas» de Bro-Tu, parecidos a lagartos humanos; los acáfalos de Heetsi, bípedos que parecían haber sido decapitados recientemente, pero cuya cabeza formaba un todo con el tórax, en cuyo centro estaban los órganos visuales y auditivos; los gigantes de Raknar XX, con una estatura media de tres metros; los enanos de Forli-Sto, increíblemente

diminutos... Era un colosal abigarramiento de razas estelares que se movía en un ambiente de luz y ruidos verdaderamente estallantes.

Había puestos de venta ambulantes en los que se podía comprar de todo: desde un bocadillo a una esclava joven y hermosa; desde la joya más cara —esmeraldas de Rohr-U— a un simple par de sandalias... Todo se exponía en aquella gigantesca ágora, todo se vendía y todo se compraba..., con tal de que el comprador dispusiera del dinero suficiente para adquirir lo que necesitaba o el objeto del cual se había encaprichado.

Naturalmente, no faltaban los vividores, tahúres, ladrones y rameras, pero la guardia de Iowar tenía el ojo vivo y no permitía desmanes. Que cada cual hiciera lo que fuese de su gusto, con tal de no perjudicar al vecino. O, por lo menos, pagándole.

Había estrados donde diferentes artistas exhibían sus habilidades. Una bailarina danzaba, pero su cuerpo no se movía en absoluto, salvo el ombligo, que describía una pequeña órbita de cinco centímetros de radio. La gente se quedaba embobada contemplando aquel fenómeno, mientras el dueño de la bailarina pasaba la bandeja en busca de monedas.

Jugadores, adivinadores del porvenir de ambos sexos, encantadores de serpientes tricéfalas, vendedores de *souvenirs* de los más lejanos planetas de la Galaxia... En aquella plaza cabía y había de todo.

Incluso estaba Magnus, *el Mago,* el hombre que podía hacer cualquier cosa que sus espectadores le pidieran.

—¿Que no lo creen? —exclamó Magnus, dirigiéndose a su embobado auditorio—. A ver, tú, estás enamorado de una joven de largos cabellos verdosos. ¿No te gustaría tenerla ahora en brazos?

Magnus movió la mano derecha con amplio ademán y el curioso se tambaleó repentinamente bajo el peso de una hermosa muchacha de pelo intensamente verde.

—¡Kuyna! ¡Kuyna! ¡Estás aquí, estás aquí! —gritó el individuo, a la vez que emprendía precipitada huida con su preciosa carga.

—Y tú —siguió Magnus—, ¿no desearías tener ahora mismo un collar de perlas de Frandunare? ¡Pues ahí las tienes, preciosa!

La mujer se encontró repentinamente con un collar de perlas en

torno al cuello y prorrumpió en gritos de alegría. Magnus dio un salto y se apeó del pequeño estrado y, acercándose a la gente, empezó a sacarles monedas de oro de boca y narices, en medio de un jolgorio y una algazara impresionantes.

—Magnus nunca falla, Magnus siempre da a sus clientes lo que le piden —gritó el mago jovialmente, mientras se autotransportaba de nuevo hasta el tablado—. ¿Qué es lo que quieres tú, viejo barrigón? —señaló con la mano a un individuo de orondo aspecto y lujosa vestimenta.

—Suprime a mi vieja y gruñona esposa —gritó el individuo, en medio de las risotadas de todos los presentes.

Magnus alzó las manos.

—Yo no suprimo personas, las creo —dijo—. Si me hubieras pedido una esclava joven y hermosa...

—Mi casa se convertiría en un infierno, no, gracias —contestó el gordo.

Magnus hizo otra demostración de sus fabulosos poderes. Sacudió las manos y una bandeja, con una botella y varios vasos, apareció flotando en el aire. Llenó los vasos y empezó a repartirlos entre los presentes.

—¡Bebed a la salud de todos, amigos! ¡Magnus, *el Mago,* invita! —gritaba, mientras iban apareciendo vasos incesantemente y la botella no daba señales de agotar su rojo contenido.

Aquella demostración originó luego una cerrada salva de aplausos. Magnus se quitó el gorro verde y morado con que se cubría y, colocándolo al extremo de un palo, empezó a pasarlo entre la concurrencia.

—Animo, amigos, pagad vuestra diversión con una simple monedita de denario. También admitiré sextercios, no faltaría más.

Las monedas cayeron en el gorro. Un chungón gritó:

—¿No eres capaz de llenártelo tú mismo?

—Al Banco Nacional de Iowar no le gusta que le hagan la competencia —contestó Magnus alegremente.

La pequeña multitud que se había congregado a su alrededor empezó a dispersarse. El día de mercado se acababa ya y la plaza se vaciaba, aunque todavía muy lentamente.

Magnus contó la recaudación y meneó la cabeza.

—No está mal —dijo—. Cincuenta denarios y doce sextercios. Peor podría haberme ido.

Guardó el dinero en la bolsa y saltó al suelo. Era un hombre corpulento, de unos treinta años y casi noventa kilos de peso, pelo negro y ojos azules. Su vestimenta consistía en una túnica corta, de color anaranjado, y pantalones negros.

Magnus, *el Mago,* en la vida real José Lann, abandonó el ágora y se encaminó a su alojamiento. La noche caía rápidamente sobre la capital de Iowar. Lann tenía ganas de comer un buen trozo de pierna asada y beberse una jarra de vino. Sabía dónde hacerlo.

Abandonó las calles del centro y se metió por un dédalo de callejuelas de suelo empedrado, la mayoría en pendiente hacia el río que pasaba a orillas de la ciudad. Era la hora de la cena y casi todo el mundo estaba en sus casas.

De pronto, Lann oyó pasos a sus espaldas. Se volvió.

Dos hombres le seguían. Apretó el paso y los individuos aceleraron el suyo.

Lann comprendió. «Ladrones», pensó en el acto. Rufianes sin escrúpulos, capaces de enterrarle un palmo de hierro entre las costillas, para robarle un denario. La ocasión no podía ser más propicia.

De pronto, entró en una calle angosta, absolutamente desierta. El lugar adecuado, pensó Lann.

Los ladrones corrieron tras él. Lann se detuvo y les plantó cara.

—Danos tu dinero —pidió uno de los forajidos.

—Si lo haces sin resistencia, vivirás —señaló el otro.

Lann se echó a reír.

—¿Sabéis quién soy yo? —preguntó.

—Sí, Magnus, *el Mago,* pero con nosotros no valen tus trucos de hipnotismo —contestó uno de los ladrones.

—Sugestionas a la gente fácilmente, pero nosotros nos hemos preparado —dijo el otro, a la vez que sacaba de sus ropas un espantable machete de treinta centímetros de longitud.

—¿De veras? —rió Lann burlonamente.

Chasqueó los dedos y un gigantesco gorila apareció en el acto en la calleja.

—Bah, no es más que una fantasía. No hagas caso, Kru —dijo un ladrón.

—Ese gorila no existe —rió el otro.

Lann movió la mano de nuevo. El gorila se golpeó el pecho y emitió una serie de rugidos que ponían los pelos de punta.

—Dales dos puñetazos, «Kikky» —dijo Lann plácidamente—. No muy fuertes, por supuesto.

Los ladrones se acercaron al gorila. De pronto, un velludo puño se disparó hacia adelante.

Uno de los rufianes dio una voltereta en el aire y cayó sobre las losas de piedra, sin saber muy bien lo que le había pasado. El otro, machete en alto, cargó contra el simio.

Algo detuvo su ataque: un puño que parecía de hierro y que le alcanzó en medio del pecho. El rufián estuvo un instante en pie, vertical, y luego cayó redondo.

Lann se echó a reír.

—Conque era un poco de hipnotismo, ¿eh? —dijo. Agitó la mano y exclamó—: ¡Gracias, «Kikky»! ¡Ya puedes irte!

Se oyó un leve «plop». El gorila desapareció. Lann siguió andando. Silbaba alegremente. En la calleja quedaban los dos ladrones, sin sentido. Cuando lo recobraron, creyeron haber soñado.

* * *

La camarera que le había servido la cena era joven, de cintura de avispa. Sus ojos eran reidores y sus labios sonreían constantemente.

Lann alargó un brazo y asió aquel delicado talle. La camarera le dirigió una mirada incendiaria.

—¿Puedo servirte en algo, Magnus? —preguntó.

Una moneda de oro de cinco sextercios revoloteó por los aires. La muchacha la tomó al vuelo y se la guardó.

—La moneda que me has dado, ¿no es un truco de los tuyos? —dudó ella.

Lann sacó otra moneda y la puso en la mano de la joven.

—Muérdela —invitó—. Es idéntica a la otra. Ella hizo lo que le decían. La segunda moneda siguió el camino de la primera.

—Esto no es magia —dijo.

Y se alejó.

Lann llenó su vaso y tomó el último trago de la noche. Satisfecho de la cena, abandonó el comedor, atravesó un amplio vestíbulo y subió a su cuarto.

Abrió la puerta y encendió la luz. Parpadeo al ver a una mujer, en apariencia joven y hermosa, junto a la ventana.

CAPITULO II

Ella se sobresaltó ligeramente al sentir que se encendía la luz, pero no volvió la cabeza.

—Apague, pronto —pidió imperativamente.

Lann obedeció, un tanto desconcertado.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Me persiguen —respondió la mujer brevemente.

—¿La policía de Iowar?

—Eso no importa ahora.

Ella parecía mirar hacia la calle. De pronto, exclamo:

—¡Menos mal! ¡Ya se han ido! Puede encender la Luz, si le place.

Lann encendió la luz de nuevo. Ella se volvió y le miró.

Vestía una larga capa negra, abierta ligeramente por delante. Era en efecto, joven y muy hermosa, de grandes ojos glaucos y frondosa cabellera de color rojo oscuro. La capa, entreabierta, permitía ver un cuerpo de singulares perfecciones anatómicas.

Un traje de una sola pieza, cortísimo por las piernas, era la única vestimenta de la joven. Ella se dio cuenta de la contemplación de Lann y cerró la capa.

—Siento haber irrumpido en su habitación, pero no me quedó otro remedio —se disculpó, con la sonrisa en los labios—. Le ruego me perdone, señor…

—Magnus, *él Mago* —se presentó el joven.

—He oído hablar de usted —manifestó ella—. Soy Tania de Kowr.

—¿Iowariana?

Tania agitó la cabeza.

—No. Perdone, pero he de irme —declaró—. Gracias por su ayuda.

—No la he ayudado en absoluto.

—Más de lo que usted cree. Gracias otra vez, Magnus.

—Desde luego, usted no es una iowariana —dijo Lann. Ella le miró sorprendida. —En Iowar todo el mundo se tutea. —Costumbres —respondió Tania, encogiéndose de hombros—. Si eso te va a calmar, tutéame. Pero me voy. —Lástima —suspiró Lann.

La camarera era muy guapa, pero al lado de Tania de Kowr resultaba un adefesio. Después de quedarse solo, se preguntó en qué planeta podría haber nacido Tania.

Acabó por encogerse de hombros. Mientras se dirigía al cuarto de baño para darse una ducha, se quitó la ropa.

Minutos más tarde, envuelto en una holgada bata, salió del baño. Entonces vio que tenía una visita.

Era un hombre relativamente joven, alto, delgado, de barbita negra en punta y que vestía el uniforme azul y negro de la Gran Guardia. Sobre las hombreras llevaba los distintivos de capitán.

—Magnus, *el Mago,* supongo —dijo el oficial.

—Sí.

—Soy el capitán Malinoht, Magnus. Tengo orden personal de su Gran Sabiduría Iotar LXXXVIII de llevarte inmediatamente a su presencia.

Al oír aquellas palabras, Lann sintió que la frente se le cubría de un sudor frío.

* * *

Iotar LXXXVIII, el rey y emperador y dueño absoluto de vidas y haciendas de los treinta y cuatro mil millones de habitantes del

Noveno Sistema, cuya capital era Iowar... El hombre que reinaba despóticamente sobre treinta y cuatro mil millones de súbditos sobre los que tenía poder de vida o muerte...

El hombre cuyos menores caprichos eran satisfechos en el acto; que, según contaban los rumores, sólo se divertía cuando presenciaba ejecuciones, lo que ocurría quince o veinte veces al día; el hombre de los caprichos más disparatados; el dueño y señor de todo, amo de todos los iowarianos, sus vidas y sus bienes...

Y le llamaba a él, Magnus, *el Mago,* acaso para divertirse un rato: primero, con sus habilidades; después, viendo rodar su cabeza bajo el alfanje del verdugo.

* * *

Lann estuvo a punto de negarse, pero se contuvo. No hubiera resultado político.

Además, en el peor de los casos, siempre tenía el recurso de utilizar alguno de sus numerosos trucos para solucionar una situación difícil.

«No sería la primera vez», pensó, mientras realizaba una profunda inclinación.

—Los menores deseos de su Gran Sabiduría son órdenes tajantes para mí —aceptó—. Estoy a tus órdenes, capitán Malinoht.

El oficial señaló la puerta con una mano.

—Tengo mi carruaje en la calle —contestó.

Lann se vistió rápidamente, contemplado con suspicacia por el oficial. Minutos después, salían del albergue.

La camarera le miró decepcionada. Lann le dirigió un guiño amistoso, como diciéndole: «Volveré». Ella movió la cabeza negativamente.

Sabía adónde se dirigía aquel apuesto terrestre. Muchos entraban en el palacio de Iotar, pero pocos eran los que salían con

vida.

Sencillamente, no esperaba volver a ver vivo a Magnus.

El carruaje era una plataforma de bordes curvados, como una barquilla, con dos cómodos asientos. Lann se sentó en uno de ellos y Malinoht ocupó el otro.

Malinoht movió la palanca de control y el aparato se elevó inmediatamente y silenciosamente. «Paradójico mundo éste de Iowar —pensó Lann—. Viven como en la Edad Media terrestre, pero emplean la antigravedad para sus desplazamientos».

* * *

—Quédate aquí —indicó Malinoht—. Cuando su Gran Sabiduría aparezca, hazle siete reverencias. —¿Siete? —respingó el joven. —Ni una menos. Malinoht desapareció.

Lann quedó solo en una habitación de suelo rojizo, espejeante, con un gran ventanal en uno de sus lados, desde el cual se divisaba el centelleante panorama dé luces de la ciudad.

Había algunos muebles, de factura más bien discreta. Lann se preguntó dónde podría estar el lujo asiático que tanto se achacaba a Iotar.

La estancia se hallaba partida en dos por una larga cortina de tejido semejante al terciopelo y de color azul muy fuerte. En el centro, bordado en oro, se veía el escudo de Iowar: una serpiente tricéfala, erguida como un tridente, sosteniendo tres discos plateados con sus cabezas. Cada disco representaba una de las regiones en que se dividía el sistema.

La cortina se descorrió de pronto. Un hombre, sentado en un blando sillón, sin patas, sostenido por antigravedad, apareció ante los ojos del terrestre.

Era su Gran Sabiduría Iotar, el LXXXVIII emperador de su estirpe, el Señor de la Vida y de la Muerte en el Noveno Sistema estelar.

Iotar vestía una sencilla túnica larga, que le cubría los pies. En el lado izquierdo de la prenda llevaba el escudo de Iowar. Era un hombre muy grueso, pero que no lo parecía tanto, debido a su elevada estatura.

Estaba casi completamente calvo y sus menudos ojillos, casi enterrados en unos bolsudos párpados, contemplaron a Lann con interés.

—Tú eres Magnus, *el Mago* —dijo Iotar.

Lann empezó a hacer reverencias. A la tercera, Iotar dijo:

—¡Basta! Estoy harto del protocolo. Tantas reverencias me parecen una sandez.

Lann se quedó pasmado. Aquello era nuevo para él. Tenía entendido que a Iotar no se le podía mirar a la cara mientras se conversaba con él.

—Así como lo oyes —siguió Iotar—. Relájate, Magnus. Trata de pensar que estás hablando con un amigo. Allí veo una botella y dos copas. ¿Quieres llenarlas? Deseo que bebas conmigo.

—Sí..., ¿cómo debo tratarte, oh, magnificente señor? ¿Majestad? ¿Alteza? ¿Gran Sabiduría?

—¡Un cuerno! —resopló Iotar—. De tú y basta, sin más estupideces. Vamos, sirve el vino.

Lann estaba desconcertadísimo, aunque supo mantenerse sereno externamente. Llenó las copas y entregó una a su interlocutor.

—Seguramente —dijo Iotar, tras un largo trago—, estarás preguntándote por qué te hice llamar.

—Bien —contestó Lann con cautela—, la llamada de un poderoso señor como tú siempre llena de alegría a un hombre y más si es un extranjero...

—¡Tonterías! ¡Nadie se alegra cuando se le llama a mi palacio! Al contrario, sus familiares se visten de luto.

—Es evidente que tienes grandes enemigos, que se complacen en difamarte, señor.

Iotar miró a su huésped con expresión suspicaz.

—No seas adulador —masculló—. De mí se dicen muchas cosas, pocas buenas. Tú llevas algún tiempo en Iowar y tienes que saberlo.

—Si uno empezase a hacer caso de todos los rumores que se oyen...

—Pero debes confesar que viniste aquí con las piernas muy poco seguras.

—Hombre, digo, señor...

—No temas —contestó Iotar—. No tienes nada que temer de mí, al menos por el momento. Soy menos malo de lo que parece, créeme.

—Podrías impedirlo —insinuó Lann.

—El sistema —gruñó Iotar—. Lo creas o no, yo no soy aquí más que una fachada tras la que se escuda el Gobierno. Sí, podría mandarte matar ahora mismo, pero si ello no interesa al Gobierno, la sentencia no se cumpliría.

—Me dejas pasmado, Iotar.

—Pues es la verdad, aunque no lo creas. Sólo soy un símbolo, aunque, eso sí, reconozco que a veces tengo un genio de todos los demonios y que cuando ordeno una cosa y no se cumple, me pongo como una fiera, sobre todo si esa orden tiene un mínimo de justificación. ¿Comprendes?

—Perfectamente, Iotar.

—Todo esto te lo digo para que sepas a qué atenerte. Ah, y una cosa muy importante; sólo contadísimas personas, entre ellas el capitán Malinoht y mi primer secretario en jefe, están enteradas de tu visita. Por tanto, tú habrás de guardar absoluto secreto de ello.

—Estamos.

—Bien, entonces ya es hora de que sepas por qué te he llamado. ¿Has oído hablar alguna vez de Hayra XXX, la superduquesa de Sharion XII?

—Sé que es una mujer muy bella, pero no sé más. Nunca he estado en Sharion XII.

—En efecto, Hayra es una mujer hermosísima, pero, para mí, esto es lo de menos. Lo importante es que Hayra conserva su

hermosura de un modo inexplicable, porque nació hace nada menos que trescientos veinticinco años, según el cómputo de tiempo terrestre, por supuesto.

CAPITULO III

Si ya había sentido asombro al ser llamado al palacio de aquel poderoso individuo, Lann lo sintió ahora mucho mayor al enterarse de que existía una persona que vivía desde hacía más de tres siglos, tiempo de la Tierra.

Miró a Iotar con la boca abierta. Iotar despachó su copa y se la entregó.

—Llénala otra vez. Y la tuya también, la estás necesitando.

—Ya lo creo —contestó Lann, apresurándose a seguir el consejo.

Entregó una copa a Iotar y bebió de la suya. ¡Trescientos veinticinco años!, exclamó mentalmente. Una edad increíble, cuando el promedio máximo era de ciento cuarenta y sólo en casos excepcionales se habían alcanzado los ciento ochenta o ciento noventa.

—Así es —confirmó Iotar, tras una pausa—. Hayra XXX tiene más de tres siglos, pero no es eso lo más importante.

—¿No? —rió Lann—. Entonces, ya me dirás lo que es, Iotar.

—Tú mismo lo dijiste antes. Hayra es una mujer bellísima.

—Pero eso es imposible. Los estragos de la edad...

—¿Dónde se le notan? A los cuarenta años tenía el talle y la figura de una chiquilla. Esto no tiene nada de particular; ocurre infinidad de veces y ya pasaba en la antigüedad. Pero a los sesenta años, la esbeltez y la lisura de las facciones desaparecían.

—Sí, es cierto.

—Hoy, con los adelantos actuales, una mujer de setenta años parece tener cuarenta menos. Pero, ¿cómo diablos se las arregla Hayra para tener el mismo aspecto que tenía a los cuarenta años, cuando parecía tener solamente veinte? ¿Es que no lo entiendes?

—Trescientos años con la misma belleza de rostro, idéntica esbeltez...

—Un cuerpo de diosa —gruñó Iotar.

De repente, Lann se sintió anonadado.

—Hayra es inmortal —murmuró.

—¡Un cuerno! —barbotó Iotar—. No hay inmortalidad; sólo los medios de prolongar la existencia. Ella vive desde hace trescientos veinticinco años...

—Tú también puedes alcanzar esa edad.

—No, no hay nada que hacer. A los ciento cuarenta años, el ser humano desfallece físicamente. Todos los medios empleados han resultado inútiles; salvo casos excepcionales, debidos a la peculiar constitución de la persona, muy pocos han rebasado el siglo y medio. Es algo así como si las células del cuerpo se negaran a seguir viviendo. Y si las células se niegan a vivir, ya me dirás tú lo que le sucede al hombre.

—Llega la muerte —dijo Lann.

—Justamente, aunque no para Hayra. Ella vive y ha conseguido prolongar increíblemente su belleza a lo largo de trescientos años.

Iotar sollozó.

—Tengo ya ciento cinco años. No me importa mi figura física, pero quiero vivir más, mucho más —gimoteó—. ¿Es que no lo comprendes?

—Hombre, a nadie le amargaría un dulce... de esa elaboración —dijo el terrestre.

—Por eso quiero que vayas a Sharion XII —exclamó Iotar repentinamente—. Tienes que ir allí y apoderarte de la fórmula que ha prolongado la vida y la belleza de la superduquesa. ¿Me has entendido, Magnus?

—Oh, no, no. Eso es impos...

Los ojillos de Iotar despidieron centellas de ira.

—¿Osas oponerte a mis mandatos? —aulló.

—Bueno, bueno, cálmate —dijo Lann, un tanto asustado—. Solamente quise decir...

—Que irás a Sharion XII —le interrumpió Iotar con torva sonrisa.

—Pero, ¡en nombre de los cincuenta y siete planetas de tu sistema! ¿Por qué diablos me has elegido a mí?

—¿No eres Magnus, *el Mago,* el incomparable artista que todo lo hace y todo lo consigue?

—Sólo soy un artista que vaga por la Galaxia, ganándose la vida con sus trucos —dijo Lann.

—En tal caso, encontrarás alguno para traerme la fórmula de la longevidad.

—Si Hayra se entera de que soy un espía tuyo, me hará desollar vivo.

-Tú encontrarás el medio de conservar el pellejo. Eres muy listo, Magnus, no lo niegues. Por cierto, ¿cómo te las arreglas para embaucar a la gente? ¿Cuál es el secreto de tu poder de sugestión?

Lann se quedó pensativo un momento. Luego, lentamente, dijo:

—Es cierto que sugestiono a la gente y les hago ver lo que yo deseo que vean. Pero en muchas ocasiones...

-¿Sí?

—En muchas ocasiones, es realidad —siguió Lann—. Ni yo

mismo sé de dónde he obtenido esos poderes, aunque hay quien dice que se debe a que soy el séptimo hijo del séptimo hijo de un séptimo hijo, lo cual, según las leyendas terrestres, otorga el poder de la magia. Lo creas o no, puedo hacer cosas que están vedadas al común de los mortales. No lo sé, pero es así.

Iotar le miró asombrado.

—¿Hablas en serio? —preguntó.

—No bromeo —respondió Lann gravemente—. Mis trucos de magia, muchas veces, no son hipnotismo, sino realidad.

—Hazme mía prueba —pidió Iotar.

Lann chasqueó los dedos. Un hermoso perro lobo apareció en el acto, meneando alegremente la cola.

—Ponle un collar de esmeraldas de Rohr-U —ordenó Iotar.

El collar apareció inmediatamente en torno a la garganta del can.

Iotar agitó los dedos y el perro se le acercó mansamente.

La mano de Iotar acarició el lomo del perro. —Es cierto, no se trata de hipnotismo —dijo—. Me gustaría tener tus poderes, Magnus.

—Lo siento, pero son intraspasables —sonrió Lann—. Si te gusta el perro, quédatelo. ¿O prefieres que te lo cambie por un tigre terrestre, domesticado?

—Por una pareja de tigres, pero... aguarda...

Iotar quitó al perro el collar de esmeraldas.

—Me gustan las joyas —rió.

El can fue sustituido en el acto por una pareja de hermosos y ronroneantes tigres de Bengala. Iotar dijo:

—Les sentarán mejor los rubíes de Harawara.

¡Zas!, los collares de rubíes se corporeizaron en el acto.

Iotar reía como un chiquillo.

—¡Lo conseguirás, lo conseguirás! Jamás he tenido una idea tan afortunada. Tú me traerás la fórmula de la longevidad, Magnus. Y te cubriré de oro, créeme. ¿Te parecen bien veinticinco millones a cambio de esa fórmula?

Eres generoso —sonrió Lann.

—Puedo permitirme ese lujo —contestó Iotar—. Veinticinco millones a cambio de la fórmula. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, pero, ¿no tienes alguna idea de por dónde debo empezar? Tienes una Embajada en Sharion XII; algún informe te habrá enviado el embajador.

—El doctor Pyod es el médico personal de la superduquesa. Es todo lo que puedo decirte.

—Seguramente, él se encarga de prolongar su vida.

—Y su hermosura, no lo olvides. Porque, tal como está hoy Hayra, es capaz de vivir otros trescientos años.

—No lo dudo —sonrió Lann—. Sin embargo, me asalta una duda.

—Habla, Magnus.

—¿No temes que consiga la fórmula y me largue a otro Sistema?

Iotar sonrió enigmáticamente. De repente, movió la mano derecha.

Lann vio un tubito entre los dedos de Iotar. Antes de que pudiera adivinar lo que iba a suceder, sintió un tremendo golpe en el pecho, que lo derribó de espaldas.

Desde el suelo, gritó:

—¿Qué me has hecho, Iotar?

—Asegurarme de que volverás —respondió el aludido fríamente —. Ahora llevas dentro de tu cuerpo una cápsula de veneno, cuya envoltura durará solamente tres meses. Si en ese espacio de tiempo no has vuelto, la cápsula se disgregará y el veneno se esparcirá por tu sangre. Morirás a los quince minutos en medio de atroces sufrimientos.

—Puedo hacer que me la extraigan quirúrgicamente...

—Morirías igual, porque la envoltura se disgregaría al contacto con el aire, ya que el cirujano tendría que ponerla al descubierto antes de sacarla con las pinzas. Y esa disgregación sería instantánea.

—Pero...

—Cuando vuelvas con la fórmula, se te inyectará un líquido que recubrirá la cápsula de una capa aislante, que impedirá su destrucción. Entonces te la extraeremos y podrás seguir viviendo.

—Iotar, eres un granuja —dijo Lann irrespetuosamente, ya en pie.

El dueño de Iowar se encogió de hombros.

—¿Qué quieres? Hay que vivir —contestó cínicamente—. A propósito, ¿no conoces a la superduquesa?

—Claro que no —rezongó Lann.

Iotar le tiró un retrato ovalado, enmarcado en oro.

—Esa es la mujer casi inmortal —dijo.

Lann fijó la vista en el retrato. Una exclamación de asombro brotó de sus labios.

¡El retrato que tenía en las manos era el de aquella hermosa muchacha que había dicho llamarse Tania de Kowr!

* * *

La camarera de la taberna le aguardaba en su habitación.

—Creí que no volverías —dijo. Lann contestó con un gruñido.

—Su Gran Sabiduría quería una exhibición privada de mis habilidades —mintió.

Ella se le acercó ondulando insinuantemente y le echó los brazos

al cuello. Al juntar su cuerpo con el del hombre, Lann sintió un leve pinchazo en el lado izquierdo del pecho.

—Maldita cápsula —gruñó.

—¿Cómo dices? —preguntó ella.

—Nada, no tiene importancia. Oye, nena, tengo que hacerte una pregunta... Bueno, pero si ni siquiera sé cómo te llamas.

—Dulda, mi amor —susurró ella—. ¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Conoces tú a una tal Tania de Kowr?

Dulda se separó de Lann como si le hubiese picado un áspid.

—¿Cómo te atreves a hacerme esa pregunta? —grite—. ¿Dónde has dejado tu vergüenza, Magnus?

—Pero... no entiendo... Yo sólo te he hecho una pregunta... Dije si conocías a Tania...

—¡Sí, Tania de Kowr! —chilló Dulda—. Una mujer de horrenda reputación, una asesina profesional, que mata por dinero, ¿lo entiendes?

Lann estaba aturdido.

—Eso no es...

—¡Vete al diablo! —dijo Dulda, un segundo antes de cerrar de un tremendo portazo.

CAPITULO IV

Lann no pudo dormir aquella noche ni aun recurriendo a la autosugestión.

Veinte veces se ordenó a sí mismo dormirse y veinte veces fracasó.

Eran demasiadas emociones: la entrevista con Iotar, la misión que le habían encomendado, el descubrimiento de que Hayra era Tania de Kowr, que lama era una asesina profesional...

A la mañana siguiente, al fin, agotado, acabo por conciliar el sueño, pero antes de mediodía ya estaba en la calle.

Lann tenía un buen amigo en Iowar. Se llamaba Pirlos Jast y tenía una tienda en la que se compraba y vendía de todo lo que no se podía encontrar en los demás establecimientos.

Jast tenía infinidad de relaciones en todo el Sistema. No había capitán de astronave que no fuese amigo suyo.

Con las gentes de la capital le sucedía lo mismo. Lann sabía, pues, que Pirlos Jast era el hombre que mejores informaciones podría proporcionarle.

Media hora después de haber salido de su alojamiento, entraba en la tienda. Era un vasto local, atendido por varias bellísimas muchachas. Jast, encaramado en una especie de estrado, vigilaba las actividades de sus empleadas y los movimientos de la clientela.

En la mano tenía un látigo direccional. Jast poseía una vista de lince y no toleraba robos. Podía rebajar el precio de un artículo, pero el que pretendiese llevárselo sin pagar recibía una dura lección.

Lann se apoyó en uno de los brazos del sillón, situado más o menos a la altura de su codo.

—Hola, rey de los ladrones —saludó.

—¿Qué te trae por aquí, Magnus? —contestó Jast, sin mirarle siquiera—. Tú lo tienes todo o puedes tenerlo. ¿Por qué has de venir a comprarme nada?

—No he venido como cliente, sino a recibir información, Pirly.

—Me llamo Pirlos y no Pirly. Vuestros diminutos terrestres me dan náuseas. Lann sonrió.

—No seas tan susceptible, hombre —dijo—. Tengo un problema.

—¿Qué clase de problema? —Jast hablaba sin mirarle siquiera, atento a la buena marcha del negocio.

—Un rival.

—¿Amoroso?

—¿Puedo tener otra clase de rivales? —dijo Lann riendo.

—Me extraña que tengas un rival amoroso. Cualquier mujer te sigue en el acto sólo con un guiño de ojos; y si lleva el marido al lado, le pega un tiro y se queda tan tranquila.

—Exagerado —sonrió Lann—. Quiero eliminar a ese rival.

—¿ Definitivamente?

—Una eliminación definitiva es siempre lo más conveniente. Las provisionalidades son funestas a la larga.

—Tania de Kowr, Décima Alineación, 900, departamento E-7.

Lann guardó silencio un instante. Así, pues, era cierto.

—Un caso extraño el de esa chica —añadió Jast.

—¿Por qué, Pirlos?

—Es una hija ilegítima de la superduquesa Hayra. No se sabe quién es el padre, pero Hayra es su madre. —Una bonita noticia, Pirlos.

—Hay quien dice que es su hermana gemela, pero eso es mentira. Tania es su hija.

—Y se dedica a matar a la gente por dinero.

El látigo de Jast se disparó de pronto y alcanzó en la pantorrilla derecha a un tipo que salía de la tienda. El hombre cayó chillando de dolor, con la pierna ensangrentada.

—Llamen a la policía —ordenó Jast fríamente—. Ese tipo se

llevaba una esmeralda de Rohr-U.

Una de las chicas se precipitó sobre el fonovisor. Dos más, ágiles y fuertes, cayeron sobre el ladrón y le registraron rápidamente.

—La esmeralda, señor Jast —anunció una de las dependientas, alzándola con los dedos índice y pulgar.

El látigo de Jast se disparó de nuevo, aunque con mayor suavidad. Una chica gritó, a la vez que se llevaba la mano al brazo izquierdo.

—Y otra vez —dijo el comerciante—, a ver si vigilas mejor, ¿estamos?

—Merecerías que te ahorcasen, Pirlos —dijo Lann.

—Les pago sueldos de reinas —contestó Jast fríamente—. Sí, Tania mata a la gente por dinero, pero vete preparando diez mil sextercios y quizá no consigas sus servicios.

—Un precio caro.

—Ninguna de las víctimas de Tania ha vuelto a ser vista jamás.

—¿Qué hace la policía iowariana?

Jast rió agriamente.

—No hay cuerpo del delito, no hay pruebas —contestó.

—Entiendo. Cada vez, un asesinato perfecto.

—Exactamente.

Una pareja de policías entraron y se llevaron al ladrón, que sollozaba de pánico.

—¿Qué castigo le impondrán? —preguntó Lann.

—Depende del humor de su Gran Sabiduría. Puede que se contente con una simple decapitación o puede que pregunte si sus leones exápodos han comido hoy. ¿Quién sabe?

Lann se estremeció. Sí, Iowar era un mundo salvaje, a pesar de sus adelantos, a pesar de que allí se vivía en una época correspondiente al año 2487 de la Tierra.

* * *

Lann encontró fácilmente la casa de Tania de Kowr.

¿Hija de Hayra? ¿Hermana gemela? En este caso, ambas tenían la misma edad: trescientos veinticinco años.

Llamó a la puerta. Estaba cerrada. Nadie le contestó.

Lann sabía cómo abrir las puertas cerradas. Hizo un «pase» con la mano y los pestillos se deslizaron a un lado.

Entró. El departamento estaba desierto.

Había un suave perfume ambiental, de flores silvestres. Lann revisó el departamento rápidamente y luego se sentó a esperar.

Pasó una hora. De pronto, vio que se movía la cerradura.

La persona que había al otro lado titubeaba. No parecía muy segura de la llave.

Lann adivinó que no se trataba de la dueña del piso. Tania no tardaría tanto en abrir.

Se levantó de un salto y se situó junto a la puerta, en el momento en que, al fin, cedía la cerradura. Un hombre se asomó cautelosamente.

—Pasa —dijo—, no hay nadie.

Otro hombre entró a continuación del primero. Lann carraspeó.

Los dos sujetos se volvieron instantáneamente. Uno de ellos le apuntó con una pistola neutrónica.

—¿Quién es usted? —preguntó hoscamente.

—*¿Y* ustedes? —replicó Lann sonriendo.

—Mátalo —dijo el otro con torvo acento.

—Espera. Primero quiero saber quién es y qué hace este tipo

aquí.

Lann metió las manos en el bolsillo y sacó un puñado de joyas.

—Ladrón, señores —dijo.

—Estupendo —sonrió uno de los recién llegados—. Las joyas serán para nosotros.

—Serán para mí —gruñó su compañero.

—¿Es que no vas a darme la mitad? —preguntó el otro.

—Claro que no. Todas las joyas para mí... —¡Para mí!

—¿Tienes ganas de que te machaque las narices?

—¡Atrévete si eres hombre! —Soy más hombre que tú.

Lann cruzó los brazos. Se divirtió mucho presenciando la pelea entre los dos compinches, hasta que, agotados y ensangrentados, quedaron en el suelo, incapaces de moverse.

—¿Qué nos ha pasado, Kratt? —preguntó gimiendo uno de ellos —. Tan buenos amigos que éramos y nos hemos pegado como salvajes...

—No lo entiendo, no lo entiendo —decía el otro, no menos aturdido que su compinche.

—¿Puedo preguntarles por qué han venido a esta casa? —habló Lann con suma amabilidad.

Kratt y su compañero intercambiaron una mirada. Luego, apoyándose el uno en el otro, se pusieron en pie.

—Somos ladrones —dijo Kratt.

—Competidores, ¿eh?

—Sí, pero usted nos ha ganado... ¿Podemos retirarnos?

Lann alzó la mano.

—¿Cómo sé si son o no ladrones? —preguntó.

—Tiene que fiarse de nuestra palabra.

La pistola neutrónica de Kratt había pasado a poder de Lann.

—¿No le inspira ideas de viva sinceridad la vista del arma? —preguntó el terrestre.

La nuez de Kratt subió y bajó espasmódicamente.

—Llame a la policía si quiere —dijo—. Allí tenemos buenos amigos.

Un policía se corporeizó instantáneamente en la estancia.

—Son ladrones, en efecto —dijo.

Sacó un par de esposas, encadenó a los dos sujetos y se los llevó a empujones.

—Y gracias por su colaboración ciudadana, caballero —dijo el agente en el momento de cruzar la puerta.

Tremendamente abatidos, sin comprender muy bien lo que les había ocurrido, Kratt y su compinche llegaron a la puerta de la calle. Una vez allí, se detuvieron aguardando a que el policía les indicara el camino que debían seguir.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Kratt se dio cuenta de que no estaba unido a su compañero.

El otro volvió la cabeza. Tras ellos no había ningún policía.

Cambiaron una mirada. El terror se reflejaba en sus rostros. De súbito, echaron a correr y desaparecieron de aquel lugar en contados momentos, mientras arriba, en la ventana, Lann se partía de risa.

—Sí, eran ladrones —dijo, mientras se retiraba en busca de alguna botella que contuviese lo suficiente para un trago.

Estaba tomando la segunda copa cuando, de pronto, se abrió la puerta y entró la dueña del piso.

Tania de Kowr se volvió para cerrar. Luego, al girar de nuevo, divisó al intruso.

—¿Qué hace usted en mi casa? —fue su reacción instantánea.

—Estaba aguardándote, Tania de Kowr. ¿Ya no me recuerdas?

Ella le miró un instante. Luego chasqueó los dedos.

—Ya sé —dijo—. Eres Magnus, *el Mago*. ¿A qué has venido a mi casa, si puede saberse?

—Puede, Tania. Conozco tu profesión y necesito de tus servicios.

—¿De veras? —Tania sonrió burlonamente—. ¿Qué clase de servicio necesitas que te haga yo?

—Suprimir a un competidor, Tania. Tengo entendido que eres una virtuosa del asesinato.

CAPITULO V

Tania guardó silencio un momento. Luego se acercó a la repisa y llenó una copa.

Se apoyó en la misma consola y quedó mirando de hito en hito a su visitante. Tania vestía un audaz traje, con una sola hombrera, tan corto como el que llevaba cuando Lann la conoció por primera vez. Una especie de manto escarlata colgaba del broche de oro de su hombro izquierdo y quedaba flotando a su espalda, recogiéndose en parte en el ancho cinturón de pedrería que rodeaba su esbelto talle.

—¿Quién te ha dicho que suprimo a la gente por dinero? —preguntó al cabo.

—Un hombre de mis cualidades tiene amistades, Tania —sonrió Lann.

—Eres Magnus, *el Mago.* ¿No puedes encargarte tú de suprimir a tus enemigos?

—Mi magia es muy torpe en algunos aspectos. No he practicado el asesinato.

—¿Y quieres que yo lo haga por ti?

—Sí. Sé que cobras caro, pero estoy dispuesto a pagar el precio que me pidas.

—El precio son doce mil sextercios. Monedas, no billetes.

—Caro.

Tania se encogió de hombros.

—Entonces, vete —respondió.

—¿Ni siquiera para devolverme el favor me harías una rebaja? —solicitó Lann.

—No estoy muy segura que quieras de veras eliminar a un individuo —dijo ella.

Lann hizo un gesto y un cigarrillo encendido apareció frente a Tania. Ella lo rechazó con un gesto de aprensión.

—No me gustan ciertas costumbres terrestres —dijo.

El cigarrillo voló hasta los labios de Lann.

—En cambio, a mí me gusta un pitillo de cuando en cuando —sonrió—. Tania, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sin garantía de respuesta, claro.

—¿Por qué adoptaste esta... «profesión»?

—Se gana dinero —dijo ella, impasible.

—He oído algunas cosas extrañas de ti —manifestó Lann.

—¿De veras?

—Unos dicen que eres un fruto ilegítimo de los amores de la superduquesa Hayra con... un desconocido. Otros dicen que eres su hermana gemela. ¿Con cuál de las dos versiones me quedo?

Tania sonrió imperceptiblemente.

—Eres terrestre, ¿verdad?

—Me siento orgulloso de serlo —confesó Lann.

—En este caso, desconoces muchas costumbres de estos sistemas estelares, situados a miles de años luz del tuyo. Mi cara es producto de la moda.

Lann arqueó las cejas.

—¿Moda? —repitió.

—Sí. La superduquesa es un personaje muy popular. Hace algunos años estuvo de moda entre las chicas jóvenes «hacerse» un rostro idéntico al de Hayra.

—Cirugía estética.

—Sí.

—Pero... en Sharion XII se podrían producir confusiones...

—La superduquesa sale poco de palacio y siempre con un gran séquito. Por otra parte, están los detectores de fórmula corporal, que llevan todos los agentes de policía sharionita.

—Y la fórmula de Hayra es incopiable.

—Exactamente —sonrió Tania.

—Bueno, no se puede decir que tengas mal gusto al llevar la cara de la superduquesa. Dime, ¿es cierto que nació hace más de trescientos años?

—Rigurosamente cierto, Magnus.

—En ese caso, debe de usar alguna pócima especial que le

permite tan extraordinaria longevidad, sin perder su lozanía.

—Es la envidia de todos los sharionitas, hombres y mujeres, pero, según he oído decir, también influye la herencia.

—Una mujer con suerte, no cabe la menor duda —observó Lann —. Bien, Tania, ¿qué hay de la rebaja? Ella movió negativamente la cabeza. —He fijado un precio. Tómalo o déjalo —contestó. Lann enseñó las palmas de las manos.

—No soy un hombre rico —dijo.

Y se encaminó hacia la puerta.

Antes de salir, sin embargo, se volvió hacia Tania.

—¿Puedo saber cuál es tu arma favorita? —preguntó.

—La más antigua de todas —contestó ella, sonriendo.

—¿Las manos?

—No. Mato a los hombres de amor.

Lann se quedó pasmado un instante.

—El amor es una cosa maravillosa, pero no para dejarme morir por ella —dijo—. Gracias por haberme atendido, Tania.

Chasqueó los dedos y una rosa roja apareció en su mano. La besó y luego la arrojó hacia la joven.

Tania la atrapó al vuelo.

—Un detalle muy delicado —sonrió.

Al quedarse sola, olió la rosa.

—Es auténtica —dijo a media voz—. ¿Cómo consigue realizar semejantes prodigios? Juntos él y yo, podríamos…

* * *

Lann salió de la entrevista sin haber conseguido mucho más de lo que sabía al entrar. ¿Era cierto que Tania mataba de amor a los hombres?

¿Un rostro copiado? ¿Hija de Hayra? ¿Hermana gemela?

Se estremeció.

—Brrr… En este último caso, tendría trescientos veinticinco años de edad —masculló.

Regresó a su alojamiento. Dulda, la camarera, volvió la cabeza a un lado cuando él la miró sonriendo.

Cenó tranquilamente. Dulda no era la única camarera. Al terminar, hizo que le trajeran un fonovisor. Pulsó un botón y tomó el micrófono.

—Quiero la central de las Espaciolíneas Iowarianas —dijo.

La comunicación se estableció en pocos instantes.

—Espaciolíneas Iowarianas —sonó una voz femenina—. ¿Podemos atenderle en algo, señor?

—Puedes, preciosa. Necesito un pasaje para Sharion XII en la próxima astronave.

—¿Tiene el visado de entrada expedido por la Embajada sharionita, señor? Si no es así, lo sentimos; no podremos facilitarle el pasaje.

Lann contuvo una maldición.

—En nuestra Liga de Sistemas Estelares no se necesitan visados —dijo, mientras cortaba la comunicación. Le gustase o no, tendría que ir al día siguiente a la Embajada sharionita para pedir el visado a su pasaporte.

El fonovisor voló hasta la camarera, con una moneda de dos sextercios encima. Ella le guiñó el ojo. Lann bajó el pulgar.

Ella dejó de sonreír y se encogió de hombros.

—Lo siento, guapa, pero quiero descansar —murmuró Lann, como si la iowariana pudiera oírle.

A la mañana siguiente, antes de las diez, Lann estaba ya en la Embajada sharionita. Sobre el dintel de la puerta ondeaba la bandera de Sharion XII: rojo, azul, blanco y una faja negra con cinco estrellas doradas.

Entró en el edificio. A un informador automático le preguntó dónde estaba la Sección de Pasaportes. La máquina le indicó el camino.

Momentos después, se hallaba ante una hermosa mujer de formas exuberantes, sobre cuyo seno izquierdo había un disco de metal con el escudo de Sharion y la indicación de «Pasaportes». La empleada le preguntó qué quería.

—Un visado para Sharion, hermosa —sonrió Lann.

—¿Motivos del viaje?

Lann se fijó en unos cuantos pasaportes que había sobre la mesa.

—Artísticos. Soy Magnus, *el Mago* —contestó. Y la única flor que había sobre un búcaro a la izquierda de la joven se multiplicó en el acto por veinticuatro.

—¡Asombroso! —dijo ella—. Sí, he oído hablar de ti, Magnus. Te daré el visado, pero antes hemos de tomar tu fórmula corporal. No se puede entrar en Sharion XII sin ese requisito.

—Estoy dispuesto a todo —contestó Lann.

—Muy bien. Pasa a aquella habitación. —La mano de la empleada señaló una puerta—. Verás un sillón. Presiona el botón que hay sobre el brazo derecho. Una máquina captará las emanaciones de tu cuerpo y tomará tu fórmula en cinco minutos. El reloj te indicará cuándo puedes salir. Son veinticinco sextercios y nueve denarios.

Lann abonó sin rechistar la suma pedida. Luego avanzó hacia la puerta señalada.

Encontró el sillón y se sentó. Buscó el botón y lo presionó.

Entonces, inesperadamente, el sillón se movió de un modo singular y lo proyectó hacia adelante con increíble violencia.

Durante una fracción de segundo, Lann creyó que se iba a estrellar contra la pared frontera. En el último instante, se abrió un

hueco en la pared y el Mago sintió que se hundía en un abismo sin fondo, en el que reinaba una oscuridad total.

* * *

Su caída se vio refrenada por una cosa elástica, en la que rebotó un par de veces, antes de quedar medio tendido, balanceándose suavemente. Al tacto, Lann advirtió que se trataba de una red de tupida malla.

La red descendió lentamente hasta posarse en el suelo. Lann se puso en pie.

—Lo que me ocurre es, sencillamente, un secuestro con todas las de la ley —masculló.

Se preguntó cuál sería la segunda etapa de la aventura que estaba corriendo. Encendió un fósforo, por artes completamente naturales, y vio que se hallaba en un espacioso sótano de forma cúbica, sin ninguna ventana. No había tampoco muebles y solamente se veía la red que había amortiguado los efectos de su caída.

Levantó la vista. La trampa a través de la cual había pasado apenas era perceptible.

Detrás de él, al girar, divisó una puerta de hierro. Se preguntó cuántos desdichados habrían muerto en aquel lugar, sin dejar rastro.

Tal vez habían ido a parar allí las víctimas de Tania de Kowr. A fin de cuentas, era una sharionita. Podía actuar muy bien por encargo del Gobierno de Sharion XII.

—Eso es absurdo —masculló, enojado consigo mismo de semejante desvarío.

La red se elevó de pronto. Lann tuvo que saltar a un lado para no ser izado con ella.

El fósforo se había apagado ya. Cuando quiso encender otro, oyó un ruido en la puerta.

—Ahora se van a aclarar mis dudas —murmuró, retrocediendo

lentamente.

CAPITULO VI

La puerta se abrió, pero no entró el menor rayo de luz. Lann oyó una voz de tonos aprensivos:

—¿Crees que...?

—¡Tonto! —dijo otro—. El no nos ve, por tanto no puede emplear sus trucos de magia. Sólo son efectivos cuando dispone de luz.

—Oye, ¿estás seguro de que estas gafas que llevamos puestas permiten ver en la oscuridad? Porque yo no veo a ese tipo por ninguna parte.

—Estoy aquí —dijo Lann de repente.

Los sharionitas se volvieron. En el mismo instante, Lann encendió un segundo fósforo.

—¡Cuidado! —gritó uno de los esbirros.

La luz se transformó en un resplandor intolerable. Los sharionitas vieron alzarse ante ellos dos focos de terrible potencia lumínica.

Gritaron de dolor. La luz traspasaba sus cerebros, a pesar de la protección de las gafas. Lann sonrió.

Dos puños se movieron inesperadamente, alargándose de manera increíble los brazos a cuyos extremos se hallaban. Sonaron dos crujidos simultáneos.

Los esbirros cayeron al suelo. Lann se inclinó sobre uno de ellos y le quitó el casco que llevaba puesto, provisto de las gafas para ver en la oscuridad.

El panorama cambió para él en el acto. Durante unos segundos, Lann estudió el rostro y la vestimenta de uno de los caídos.

Luego se apoderó de su documentación. El sharionita se llamaba Ekr Deslar.

—Suficiente —dijo, sonriendo, mientras se dirigía hacia la puerta.

Subió por una escalera en tinieblas. Halló otra puerta al final y abrió, encontrándose en una sala próxima al despacho de la empleada encargada de los visados.

Un sentimiento de curiosidad le hizo acercarse al despacho. Abrió la puerta y asomó la cabeza.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Entra, Ekr —accedió la bella sharionita—. ¿Y tu compañero?

—Ha ido al lavabo un momento. Se arañó un poco.

—Ah. ¿Cómo fue la cosa, Ekr?

—Bien, no hubo dificultades, pero, dime… ¿por qué tuvimos que…? Bueno, tú ya me entiendes, ¿no?

—Desde luego —sonrió ella—. Magnus era un espía de su Gran Sabiduría.

—Mal rayo le parta a él y a todos los iowarianos —gruñó Lan—. ¿Qué vas a hacer con Magnus?

—Ahora lo verás.

La sharionita pulsó un botón. Una pantalla de televisión se

encendió en el acto sobre la mesa.

La pantalla reflejó el sótano. En el suelo se veía el cuerpo tendido de un individuo. Lann se felicitó mentalmente de la rapidez de sus reflejos. La sharionita, hipnotizada, sólo veía el supuesto cuerpo de Lann.

Ella apretó otro botón. Una trampa se abrió en el centro del sótano y dos cuerpos se precipitaron al vacío.

—Hay ciento veinte metros de caída hasta la cloaca máxima. El triturador gigante de desperdicios convertirá en polvillo el cuerpo de Magnus.

—¿Seguro? —preguntó Lann.

—Seguro. El triturador está a pocos metros de distancia del punto de caída y las aguas de la cloaca arrastrarán el cadáver hasta sus paletas.

Lann suspiró.

—Descanse en paz —dijo—. Adiós, hermosa.

—Ha sido un buen trabajo, Ekr. Se te tendrá en cuenta —prometió la sharionita.

—Sólo pienso en cumplir mi deber —contestó Lann.

Cuando salió de la Embajada, todavía no creía en su buena suerte.

Se preguntó por qué no le habían lanzado directamente a la cloaca. La respuesta era sencilla: los esbirros habían ido a quitar de su cuerpo toda pieza de metal de su indumentaria, que el triturador no destrozaría completamente. Convenía evitar dejar huellas comprometedoras.

«Y esto —se dijo amargamente— explica por qué las víctimas de Tania de Kowr no han aparecido jamás.»

* * *

Su Gran Sabiduría. Iotar LXXXVIII, pegó un respingo cuando Magnus, *el Mago,* se corporeizó en su dormitorio frente a él.

Iotar iba a quitarse la bata para meterse en la cama y miró enojado al intruso.

—¿Es que no podías venir a verme empleando otros medios? —rezongó.

—¿Quieres que todo el mundo se entere de que soy un espía tuyo? —contestó Lann.

Iotar entrecerró los ojos.

—Explícate —pidió secamente.

—Hoy, bueno, ayer, estuve en la Embajada sharionita para solicitar un visado de entrada en aquel Sistema. Con engaños, me lanzaron a un sótano. Dos sharionitas quisieron matarme. Los engañé. Luego, una empleada lanzó sus cuerpos a la cloaca máxima, en un punto situado muy cerca de un triturador gigante.

—Haré que mis ingenieros investiguen ese lugar —dijo Iotar—. ¿Qué más. Magnus?

—Sabían que yo era espía tuyo. Ahora creen que he muerto.

—No está mal, pero ¿cómo pudieron averiguarlo?

—Tú y yo estuvimos hablando en una sala próxima a este dormitorio, ¿no es cierto?

—En efecto.

—¿Se te ha ocurrido pensar en los aparatos de escucha?

—Imposible. Todo está controlado con absoluto rigor. Precisamente te cité en esa sala, seguro de que nadie podría escucharnos.

—Conque nadie ¿eh? . ¿Quieres acompañarme, por favor?

Iotar se anudó de nuevo el cinturón. Salió del dormitorio, precediendo a Lann, quien le siguió en el acto.

—Repito que el control de este lugar es absoluto —insistió Iotar.

Lann no dijo nada. De repente, se fijó en el gran ventanal, desde el que se dominaba una extensa vista de la capital.

—¿Puede moverse ese cristal? —preguntó.

—Desde luego.

Iotar se acercó a uno de los lados de la ventana y presionó un resorte. El cristal se deslizó silenciosamente a un lado.

Lann sacó medio cuerpo fuera. De repente, lanzó una exclamación.

—Ya está —dijo.

Alargó la mano y pegó un fuerte tirón. Luego se volvió con un objeto en la mano hacia Iotar.

—Un receptor-emisor —dijo—. Mira este cable roto —señaló con la mano.

—Es increíblemente delgado —contestó Iotar—. Apenas se ve...

—Estaba adherido al borde inferior del vidrio. Los sonidos iban a parar al aparato y éste los enviaba a la Embajada sharionita...

—Haré que mi ministro proteste...

—¿Para qué? Lo negarían todo. Estoy muerto, recuérdala.

Iotar le miró fijamente.

—Es una buena solución, en efecto —aprobó—. Pero, ¿cómo diablos colocaron ahí ese trasto? De la ventana al suelo hay más de cincuenta metros y la pared es absolutamente lisa.

Lann sonrió.

—Puede moverse por sí mismo, guiado por radio —dijo—. Alguien se situó en un punto desde el cual pudiera ver tu ventana y guió el aparato hasta colocarlo en el lugar adecuado. Así se enteraron de que yo era tu agente.

—Entonces, ¿mi plan es irrealizable? —dijo Iotar desanimadamente.

—No, porque, pese a todo, iré a Sharion XII y conseguiré la

fórmula.

—Respiro aliviado. ¿Cómo lo harás, Magnus?

—Estoy muerto...

Iotar movió el índice de izquierda a derecha y viceversa.

—Nada de eso. A estas horas ya saben en la Embajada que escapaste a la trampa. Los dos esbirros que enviaron para eliminarte no han aparecido.

—Es verdad —murmuró Lann, mordiéndose los labios—. No había caído en ello. De todas formas, llegaré a Sharion XII y conseguiré la fórmula.

—No habrá límites para lo que puedas pedirme —aseguró Iotar.

—Hombre, ya que hablas de dinero... ¿no tienes por ahí alguna bolsita con unos cuantos miles de sextercios? Voy a una especie de guerra y las guerras no se financian sin oro.

—Eres un granuja, pero me simpatizas. Ven.

Volvieron al dormitorio. Iotar abrió un armarito secreto, empotrado en la pared, y sacó una bolsa de tela roja, que lanzó a su visitante.

—Hay veinticinco supersextercios —dijo.

—Magnífico. No se puede negar de tu generosidad, Iotar. Y ahora, te diré una cosa interesante.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Hay una mujer en la capital, una asesina profesional...

—Hombre, no es la primera. Suele ser raro, pero no extraña a nadie.

—La que yo te digo sí, porque bajo su capa de asesina profesional, es una agente sharionita. Comprobado sin lugar a dudas, ¿entiendes?

—Su nombre —exigió Iotar.

Lann facilitó el nombre y la dirección de Tania. Iotar dijo:

—Esta misma noche la habremos quitado de en medio. Gracias por tus informes, Magnus.

Lann hizo una profunda reverencia.

—Soy tu humilde servidor —dijo.

Y desapareció tras un fogonazo que dejó deslumbrado a Iotar durante unos momentos.

Iotar lanzó un gruñido.

—¿Cómo diablos se las arreglará para entrar y salir sin ser visto? ¿Acaso posee la facultad de filtrarse a través de los muros?

Se habría sorprendido enormemente de ver a Lann atravesando tranquilamente salones y estancias del palacio y descender sin dificultad las escalinatas. Los guardias, centinelas y patrullas no le veían, sencillamente, sugestionados por su formidable poder hipnótico, que le convertía en algo inexistente para las mentes afectadas.

Al fin, abandonó el recinto amurallado que encerraba los jardines y el palacio. Tranquilamente, sin apresuramientos, se encaminó a su alojamiento.

CAPITULO VII

Tania dormía apaciblemente cuando, de pronto, la almohada

empezó a vibrar de un modo desacostumbrado.

La joven se sentó en la cama. Puso la mano sobre la almohada. Sí, en efecto, había alguien intentando entrar en la casa.

Rápidamente saltó de la cama y corrió hacia la salita. Harto se figuraba qué podía ocurrir.

—El espía consiguió huir —murmuró—. Se ha enterado del secreto del subterráneo que da a la cloaca máxima y...

Ahora ya sabían que ella era una agente de Sharion. Los que estaban al otro lado de la puerta no podían ser si no hombres de] servicio secreto iowariano. El detector situado en la cerradura había señalado anticipadamente su posición.

La puerta giró cosa de un centímetro.

—Cuidado con las alarmas —dijo una voz.

—Si hubiera alarmas, ya habrían funcionado —contestó el otro individuo.

Tania aguardaba en la oscuridad, al otro lado de la puerta. Un chorro de luz entró en la sala, proveniente del pasillo.

Dos hombres cruzaron el umbral. Tania tenía en la mano un par de diminutos dardos. Cuando los intrusos llegaron a la mitad de la sala, Tania arrojó el primer dardo con todas sus fuerzas.

—¡Ay! —dijo uno, llevándose la mano a la nuca.

—¿Qué te pasa? —preguntó el otro.

—Me ha picado algo...

—¡Agh! A mí también, tú. ¿Qué diablos...? ¡Blam! ¡Blam!

Dos cuerpos humanos cayeron al suelo. Tania, satisfecha, cerró la puerta y encendió la luz.

Contempló a los intrusos durante unos instantes. Vestían ropajes corrientes, lo cual no quería decir nada. «Espías», calificó mentalmente, mientras se acercaba al fonovisor.

Tecleó una clave de llamada. Tuvo que esperar un par de minutos antes de que una cara soñolienta apareciese en la pantalla.

—¿Qué pasa? —preguntó el hombre—. ¿Por qué me llama a estas horas?

—Saben quién soy —dijo Tania fríamente—. Han enviado a dos agentes para liquidarme.

—Rayos —gruñó el otro—. ¿Cómo...?

—Use su cabeza, embajador —contestó Tania irónicamente—. Magnus no murió, lo que significa que pudo escapar. Imagínese el resto.

—Claro, claro —dijo el sharionita—. ¿Qué va a hacer usted?

—Es casi seguro que Magnus irá a Sharion. Yo también iré. Quiero averiguar sus intenciones.

—Una buena idea —alabó el embajador—. Pero él la conoce...

—No bajo el aspecto de Sydai de Galk, ¿comprende?

—¿Cuándo quiere la documentación?

—Debe estar lista para la próxima astronave. Creo que zarpa a las doce y diez, hora local.

—Lo tendrá listo todo. ¿Algo más, Tania?

—No, eso es todo.

Tania cortó la comunicación.

Durante unos segundos, contempló a los dos agentes. Luego, saliendo de su estatismo, se dirigió al dormitorio y se sentó ante el tocador.

Los espías dormirían todavía varias horas. Tenía tiempo más que suficiente de transformarse en la respetable dama Sydai de Galk y preparar el equipaje.

La única duda que le asaltaba estaba basada, paradójicamente, en una certidumbre: la certidumbre de que Magnus también cambiaría de aspecto.

¿Qué personalidad adoptaría el Mago para llegar a Sharion sin obstáculos?

* * *

El sobrecargo de la nave contempló con desconfianza el pasaporte que le tendía aquel elegante caballero de mediana edad, que se apoyaba en un bastón para caminar.

—Hamo Brodno —dijo.

—Sí, señor.

—Comerciante retirado.

—Con buena fortuna —sonrió el viajero.

—Aquí dice que va a Sharion por motivos de salud.

—En efecto. Los manantiales de Tyr-U-Tyr son famosos para las enfermedades nerviosas y mi médico me ha aconsejado una temporada de estancia en dicha localidad. Si lo desea, puedo enseñarle mi libreta sanitaria...

—Es suficiente —cortó el sharionita. Con un sello, golpeó el pasaporte como si fuese un enemigo personal y luego se lo entregó a su dueño—. Puede pasar.

—Gracias, señor.

Harno Brodno se dirigió cojeando levemente hacia una rampa móvil, que le condujo a una explanada interior, donde una hermosa azafata de piel canela se hizo cargo de él, para acompañarlo hasta su camarote. Detrás de Brodno, una mujer hablaba con el sobrecargo, a la vez que le enseñaba el pasaporte.

—Sydai de Galk —dijo el funcionario.

—La misma.

—Es sharionita.

—Tengo ese orgullo —contestó Tania, bajo su aspecto de dama madura y recatada, pero todavía bella y atractiva. El pelo lo llevaba recogido en el clásico moño piriforme, adornado con perlas blancas y negras, que era el emblema de la viudez en Sharion XII.

—¿Vuelve al Sistema?

—Sí. Pasé aquí una temporada, a raíz de la muerte de mi esposo, con objeto de distraer mi ánimo de tan luctuoso acontecimiento. Ahora regreso a la patria.

El sobrecargo selló el pasaporte.

—Mis condolencias, noble señora —dijo.

—Gracias —contestó Tania.

¿Viajaba Magnus en la misma nave?

Podían ocurrir dos posibilidades: una, que Magnus usara sus fenomenales poderes hipnóticos para pasar desapercibido. Pero esto exigía una constante tensión mental, que, a la larga, podía resultarle perjudicial.

Tania se inclinaba por la segunda posibilidad: el disfraz. ¿Cuál era el que había empleado Magnus?

El objeto de sus pensamientos estaba en su camarote en aquellos instantes, deshaciendo su equipaje. Sacó un objeto del mismo y lo estudió unos momentos.

—¿Tendrán también ellos mi fórmula corporal? —dudó.

Como fuera, ya no podía volverse atrás. En cambio, él sí poseía la fórmula de Tania.

«Puede que esté a bordo y puede que no esté —se dijo—. Pero conviene estar prevenido.»

Un mensajero, el capitán Malinoht, le había informado reservadamente de que los dos agentes enviados para detener a Tania habían sido narcotizados y que ella había escapado. Antes de que pudieran hacer nada, Tania debía de haberse acogido a la protección de su Embajada.

Posiblemente, el embajador sharionita la había quitado de en medio, devolviéndola a su país, y ello no podía ser sino bajo un disfraz. ¿Cuál era el actual aspecto de Tania?

El detector de fórmulas corporales se lo diría Sujetó el aparato al cinturón, tras haber marcado en el mismo la fórmula de Tania, y luego tiró de un delgadísimo cable, terminado en dos minúsculas agujas

metálicas.

Se levantó la camisa. Las agujas perforaron su piel con leve pinchazo. Esto era todo.

—El detector me señalará la presencia de Tania a diez pasos de distancia, aunque se haya disfrazado de venerable ancianita —dijo.

* * *

La astronave era inmensa. Medía más de dos kilómetros de largo por cuatrocientos metros de diámetro en su punto más ancho. Tenía unas bodegas enormes, capaces de almacenar ingentes cantidades de mercaderías, y en sus amplios y lujosos camarotes podían acomodarse, sin agobios de ninguna clase, hasta cuatro mil personas, además de la tripulación.

Era una ciudad flotante en el espacio, que se desplazaba a velocidades increíbles. El viaje duraría no menos de dos semanas.

Lann se sentía nervioso a veces. Aquella cápsula de veneno que llevaba incrustada en el cuerpo le desvelaba en más de una ocasión. De los tres meses de plazo que le había concedido Iotar, ya sólo le quedaban unos setenta y dos días.

En un plazo muy corto tendría que hallar la fórmula de la longevidad y escapar de vuelta a Iowar. Confiaba en que Iotar cumpliese su palabra de anular el poder tóxico de la cápsula.

Se preguntó si realmente existiría la fórmula de la longevidad. ¿Cómo era que Hayra no la había hecho pública?

Ya era un suceso excepcional el que Hayra llevase viviendo más de trescientos años, pero lo que le confería verdadera importancia era que se conservara como cuando tenía cuarenta años.

Y si entonces parecía una muchacha de veinte...

Una sacudida recorrió su cuerpo. Hayra podía vivir aún trescientos años más. ¿O era inmortal?

«El doctor Pyod me aclarará muchas cosas —pensó—. Y, qué

diablos, también a mí me gustaría echarme un traguito de esa fórmula. Puede que sepa a cuerno quemado, pero si alarga la vida, el mal sabor es lo de menos.»

Seguía recorriendo la nave. El detector no daba aún señales de Tania. Lann pensó que tal vez ella habría embarcado en otra astronave.

A mitad de viaje, cierta noche, Lann, un tanto insomne, decidió llegarse a la sala de observación.

Había varias en la inmensa astronave. Lann eligió la de proa.

Era una estancia de forma semicircular, con una cúpula transparente que permitía una visión en un ángulo de 230°. Lann había elegido aquella sala precisamente porque estaba situada en el sentido de marcha.

Las estrellas desfilaban velozmente a ambos lados de la nave, por arriba y por abajo. A veces, parecía que el aparato iba a chocar con un astro fulgurante, pero, en fracciones de segundo, la estrella desfilaba velozmente a un costado y se perdía de vista casi instantáneamente.

Era un espectáculo maravilloso. Lann no se cansaba nunca de contemplarlo.

Sentado en un cómodo sillón, parecía ir a zambullirse directamente en las profundidades del espacio. Daba la sensación de una caída en el vacío estelar, que no tendría fin nunca.

De súbito, cuando menos lo esperaba, sintió un ligerísimo cosquilleo en el costado izquierdo.

Sus manos se crisparon sobre el puño del bastón.

«¡Tania de Kowr!», pensó en el acto.

CAPITULO VIII

Una elegante dama, de cabellos oscuros y emblema de viudez, caminó apaciblemente hasta situarse junto al gran ventanal. El detector continuaba funcionando y Lann, para evitar la molestia del cosquilleo, lo desconectó.

«Un disfraz magnífico», reconoció en su interior. Carraspeó. Ella se volvió.

—Oh, dispénseme. Creí que estaba sola —dijo con voz suave y melodiosa.

—No tiene importancia, señora —sonrió Lann, a la vez que se ponía en pie—. Lamento haber interrumpido sus pensamientos.

—Aquí no se viene a pensar, sino a contemplar este magnificente espectáculo —dijo ella.

—Es verdad. Un espectáculo que no cansa la vista jamás. Oh, perdone mi incorrección... Soy Hamo Brodno.

—Me llamo Sydai de Galk —mintió Tama dulcemente.

—¿Sharionita?

—En efecto. Vuelvo a mi planeta.

—Yo soy iowariano y voy a Sharion por consejo médico. Mi salud es un tanto deficiente y las aguas de Tyr-U-Tyr me sanarán, al menos eso espero.

—Yo se lo deseo con toda sinceridad, señor Brodno.

—Muy amable, señora —Lann se inclinó profundamente—. Veo en su indumentaria síntomas de una reciente desgracia.

Tania lanzó un hondo suspiro.

—Mi esposo —dijo.

—Lamento el suceso, señora.

Ella le dirigió una sonrisa de gratitud. Luego se volvió hacia el ventanal. Lann comprendió que quería seguir aparentando la tristeza de una reciente viudez y, discreto, se alejó cojeando.

—Un buen disfraz, sí, señor —dijo, mientras regresaba a su camarote.

Al día siguiente, una sigilosa propina le hizo conocer el alojamiento de Tania. Hizo una mueca al saber el número de su camarote.

—Pertenece a la serie reservada a diplomáticos y altos cargos.

La vio dos días después en uno de los comedores. Ella le dirigió una amable sonrisa. Lann contestó con una respetuosa inclinación de cabeza.

Por la noche se encontraron de nuevo en la cúpula de observación.

—Me gustaría invitarla a comer un día en mi camarote —dijo Lann—. O, si lo prefiere, en el suyo.

Tania entrecerró los ojos.

—Acepto con mucho gusto —contestó—. ¿Mañana a las siete?

—Encantado.

Lann se inclinó, tomó la mano de Tania y la besó respetuosamente. En aquella posición no pudo captar el brillo de júbilo que había aparecido en los ojos de la supuesta matrona.

A solas más tarde, en su camarote, Tama se hizo una composición de lugar.

—Es probable que Brodno sea Magnus. Primero: es de suma incorrección, según la etiqueta sharionita, que no ignora ningún iowariano, invitar a una viuda a cenar a solas, mientras dura el período de luto. Segundo, sólo los terrestres se inclinan para besar la mano a las damas.

Sonrió satisfecha.

—¡Has caído, Magnus! —dijo—. Mañana por la noche confirmaré definitivamente tu personalidad.

* * *

La floristería de a bordo remitió a Tania, una hora antes de la cena, un gran ramo de rosas sharionitas. A las siete en punto, llamaron a la puerta.

Tania abrió. Lann se inclinó delante de ella.

—Gracias, señora —dijo solamente.

—Soy yo quien debe dárselas, señor Brodno...

—Mi nombre es Harno —sonrió Lann.

—Y yo me llamo Sydai. Pase, se lo ruego.

La mesa estaba ya puesta. Lann dejó el bastón a un lado.

—Sydai, ¿me permite que le confiese una cosa? —solicitó.

—Con mucho gusto, Harno. —Estoy enamorado de usted.

Ella parpadeó unos instantes. Luego se echó a reír.

—¡Impulsivo como un terrestre! ¿No se dice así? —contestó.

Lann avanzó hacia ella.

—Soy comerciante retirado y viví casi diez años en aquel hermoso planeta. Se me pegaron muchas de sus costumbres —dijo.

—No soy una jovencita, Harno —advirtió ella.

—Ni siquiera llega a los cincuenta años temporales, lo que representan menos de treinta físicos. ¿Me equivoco?

—Casi ha dado en la diana, Harno. —Entonces...

Los brazos de Lann rodearon la cintura de Tania y su boca buscó la de la joven. Ella se dejó hacer.

Tania notó una extraña presión contra su cintura. Una campana de alarma estalló de súbito en su mente.

«Un detector de fórmulas corporales», pensó.

Pero todavía le faltaba la última prueba.

—Es usted muy impulsivo, Harno —dijo, después de haberse separado—. Sí, en efecto, se nota que ha estado en la Tierra. Pero allí, creo, es costumbre tomar un aperitivo antes de la cena.

—Así es, en efecto.

Tania se acercó a la mesa y cogió una botella. «¿Cómo puede convertirse una mujer tan hermosa en una asesina, que mata a sangre fría?», se preguntó él, decepcionado.

La joven llenó dos copas. Con ellas en la mano, se acercó a Lann. Fingió que iba a entregarle una, pero, de pronto, aflojó los dedos y la copa cayó.

Lann también cayó. Hizo, instintivamente, un «pase» con la mano y la copa quedó detenida a mitad de su trayectoria.

Después de aquello se produjo un hondo silencio en la estancia.

Lann relajó su mente y la copa se estrelló contra el suelo.

—Eres Magnus —dijo Tania.

—Y tú, una asesina profesional —acusó él.

Agitó la mano de nuevo. Tania se puso rígida.

—Escucha esto que te voy a decir —ordenó Lann—. Soy Harno Brodno. Olvida que soy Magnus. Magnus no está a bordo ni se dirige a Sharion XII. ¿Has entendido?

—Lo he entendido perfectamente —contestó ella con voz inexpresiva.

—Quiero que me contestes a unas preguntas, Tania. —Habla, Harno.

—¿Es cierto que Hayra XXX emplea una fórmula mágica para mantenerse eternamente joven?

—Algo de eso se rumorea en Sharion XII, pero no se sabe a ciencia cierta.

—Ella tiene un médico personal, el doctor Pyod. ¿Puede darme esta información el doctor Pyod?

—Supongo que sí.

—Está bien, hablaré con Pyod. Tania, ¿cuál es tu relación con Hayra? Relación familiar, por supuesto.

—Ninguna. En Sharion verás muchas chicas con la misma cara.

Lann torció el gesto.

—Tendré que seguir usando el detector de fórmulas corporales —mascullό—. Está bien, ya hemos terminado. No soy Magnus, soy Harno Brodno, insisto.

—Sí, eres Harno Brodno.

—Y tú, Sydai de Galk..., hasta que te parezca.

Lann chasqueó la mano de nuevo. Tania se estremeció ligeramente.

—¡Oh, se me ha caído la copa! —exclamó, viendo los vidrios rotos y el suelo manchado de vino—. Soy una torpe...

—Este es un accidente que puede ocurrirle a cualquiera —sonrió Lann—. Llenaremos otra copa y asunto concluido.

Instantes después, Lann miraba a Tania por encima de su copa.

—A la salud de la más encantadora dama que he conocido en mis viajes por el espacio —dijo.

—Adulador —contestó ella, visiblemente halagada—. Pero la cena se va a enfriar, Harno.

—Entonces, no esperemos más. Sydai, me gustaría profundizar en mis relaciones con usted.

—Hay mucho tiempo por delante, ¿no cree?

Lann asintió sonriendo, mientras, en su fuero interno, pensaba: «Sólo setenta días, porque si antes no he conseguido la fórmula de la longevidad, puedo considerarme hombre muerto.»

* * *

Aquel día, a pocas jornadas ya de su viaje, Lann se acercó a uno de los salones de recreo de la astronave. Había una larga barra, donde se servía toda clase de bebidas. La clientela era abundante, aunque sobraba sitio.

Lann había quedado citado con Tania una vez más.

Debía seguir desempeñando el papel de comerciante enamorado de una viuda madura pero bella. A fin de cuentas, su aspecto correspondía al de un hombre de sesenta años temporales y unos treinta físicos, si bien con otro rostro distinto del suyo habitual.

Se acercó a la barra y pidió una copa. Bebió parsimoniosamente, abstraído en sus reflexiones.

Tenía que realizar la misión, aunque no le gustase. O no habría antídoto para el veneno que llevaba incrustado en el pecho.

Notaba la cápsula a medio centímetro de la piel, un leve bultito que no se percibía a simple vista. Si apretaba con la mano, sentía un ligero pinchazo, sin otra molestia.

Cerca de él hablaban dos individuos, iowarianos a juzgar por su acento. En el primer momento, Lann no prestó atención al diálogo.

De pronto, una frase atrajo su interés:

—En cualquier momento, Iotar puede saltar del trono.

—¿Tú crees?

—Se rumorea por todas partes. Además, no sería la primera vez que un soberano iowariano sufre las consecuencias de un asalto a su poder. Y el que lo echa, ocupa su puesto. Salskar XXVI fue destronado hace cincuenta años por el padre de Iotar, sin necesidad de ir más lejos. Y hace ciento veinte, también pasó algo parecido con Amfris II.

—Bueno, pero ¿quién echaría ahora a Iotar?

—¿Quién va a ser, tonto? Su secretario en jefe, Dii Yuos. Se le ve venir, hombre. Ha situado en los puestos clave a todos sus incondicionales.

—¿Y por qué no actúa ya?

—Lo único que le retiene es que todavía no ha conseguido sustituir al comandante de la Guardia Imperial. Iotar se resiste a cambiarlo, pero, a la larga, Dii Yuos conseguirá sus propósitos y entonces, ¡zas!, Iotar perderá el puesto y contento se dará si no pierde también la cabeza.

—Bueno, pero, de todo esto, ¿sacaremos nosotros algún beneficio?

—No, en absoluto. Dii Yuos no será mejor que ese puerco de Iotar; todo lo contrario, incluso será más bruto. Allá se las entiendan ellos con sus intrigas palaciegas. A nosotros que nos dejen en paz, ¿no te parece?

—Eso creo yo también. Bueno, tomemos otra copa.

—De acuerdo.

Lann se quedó muy preocupado al escuchar aquellas noticias, que tanto podían influir en su futuro.

Si Iotar era destronado, él podía pagar las consecuencias, ya que sólo Iotar podía proporcionarle el antídoto del veneno. A Dii Yuos no le importaría su suerte en absoluto..., a menos que se presentase ante él con la fórmula de la longevidad.

Una cosa había segura: según Iotar, Dii Yuos estaba enterado de su misión. ¿Tomaría alguna medida contra él si lograba culminar aquella intriga palaciega en que se había embarcado?

Tania llegó en aquel momento, radiante de serena belleza, bajo su aspecto de Sydai de Galk. Lann se inclinó galantemente y le besó la mano.

—Dentro de este salón, acaba de nacer un nuevo y deslumbrante sol —dijo.

Ella hizo aletear sus pestañas.

—Me siento como un pajarillo hechizado por una serpiente —contestó.

—¿Así me considera a mí, Sydai?

—Sólo sé que soy una débil mujer y que su mirada me hace flaquear, Harno.

Lann sonrió.

—Sydai, veo demasiada gente a nuestro alrededor. Tengo una botella en mi camarote. ¿Por qué no tomamos una copa en la intimidad?

Tania lanzó un suspiro.

—Me rindo —dijo—. Es usted irresistible.

—¿De veras lo cree así? ¿No cree que la irresistible es usted y que mi propuesta es la lógica reacción a su hermosura?

Ella rió argentinamente. Luego se dejó tomar del brazo y salieron de la estancia, encaminándose al camarote del joven.

CAPITULO IX

Dos cintas deslizantes y un ascensor les condujeron a la cubierta en la que se hallaba el camarote de Lann. Todos los camarotes de los pasajeros estaban en los costados de la nave, a fin de que sus

ocupantes pudieran contemplar el espectáculo de las estrellas a través de las lucernas.

Llegaron ante la puerta del camarote. Lann abrió y se echó a un lado para que la joven pudiera pasar. Luego entró tras ella.

Apenas había cruzado el umbral, notó algo extraño en el camarote. Se quedó parado a dos pasos de la puerta, mirando a su alrededor.

Lann percibía la influencia de un cuerpo extraño. Era una sensación indefinible, que no podía determinar de alguna manera.

«Alguien ha estado aquí», pensó.

Tania. le miró extrañada.

—¿Le sucede algo, Harno? —preguntó.

Lann dudó un momento. De súbito, percibió un leve olor a quemado.

—¡Afuera, Tania! —gritó, a la vez que tiraba de su mano.

Abrió y saltó al exterior, remolcando a la joven. Todavía cruzaban la puerta cuando sonó una fuerte explosión.

La puerta se cerró de golpe, con tremendo ruido. Los timbres de alarma de la nave empezaron a sonar de inmediato.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella, muy asustada.

—Alguien colocó una bomba en mi camarote. La explosión ha perforado el casco y el aire escapó al vacío.

Tania se puso una mano en la boca. Sus ojos expresaban claramente el horror de la situación. —Me siento mal… Lann la sujetó por un brazo.

—No hay nada que temer —dijo—. El peligro ha pasado ya. Es cierto que el aire escapó al ser perforado el casco, pero cada camarote es estanco con respecto a los demás y los mecanismos automáticos entraron en funcionamiento apenas se produjo un descenso en la presión atmosférica.

—Pero… podíamos haber estado adentro…

—Cierto. Si no hubiéramos salido a tiempo, la puerta se habría cerrado. Mientras no se restablezca la presión, es imposible abrirla por ningún lado. Hubiéramos muerto, no por la explosión, sino por descompresión.

Tania se tambaleó.

—Quiero regresar a mi camarote —indicó.

—La acompañaré, no faltaría más. En el camino se encontraron con un oficial, seguido de varios tripulantes, que acudía a investigar.

—Ha sido en mi camarote, el 701-III-D, teniente —señaló Lann —. Sin duda se trata de un meteorito —mintió.

—¿Había alguien más con usted, señor?

—No, solamente la señora, pero no habíamos llegado a entrar, cuando se produjo el accidente. De habernos hallado ya dentro, ahora estaríamos muertos, teniente.

—Les felicito —dijo el oficial—. Bien, un equipo de reparaciones actúa ya por fuera del casco. Dentro de poco podrá ocupar de nuevo su camarote.

—Gracias, teniente.

Lann acompañó a la joven hasta su camarote. Esta vez no advirtió nada extraño, lo que le dijo que Tania no corría peligro alguno.

—Tomaremos mañana esa copa —dijo, besándole la mano nuevamente.

—Confío en haberme repuesto —contestó ella con sonrisa desvaída.

La joven entró en el camarote y empezó a desvestirse. De repente, suspendió la operación.

—¡Me llamo Tania! —exclamó, sin poder contenerse—. Luego, entonces, él es… Magnus, *él Mago*.

Tania se mordió los labios.

—¿Cómo es posible que hayan podido pasar tantos días sin que yo lo haya advertido?

La respuesta era sólo una: el estallido había provocado una sacudida brusca en su mente, liberándola de la sugestión a que estaba sometida. Y Lann, por su parte, preocupado por el incidente, había olvidado darle el nombre supuesto.

Tania sonrió mientras, ante el espejo, se quitaba la máscara que, con el cabello peinado de determinada forma, le confería la apariencia de la virtuosa Sydai de Galk.

—Bien, Magnus, *el Mago,* cuando lleguemos a Sharion nos veremos las caras de una vez. Entonces sabré cuál es el motivo de tu viaje a mi planeta.

* * *

A las preocupaciones de Lann se unía ahora otra mucho mayor: alguien conocía su identidad.

Pasaba por un comerciante retirado, en busca de salud. Pero había alguien a quien no había engañado su disfraz.

¿Tania?

Ni siquiera Iotar conocía el aspecto bajo el cual viajaba a Sharion XII. Por otra parte, Iotar era el más interesado en que triunfase en su empeño.

Tenía a los sharionitas en contra. Esto resultaba lógico. Pero, ¿no habría adquirido más enemigos?

Porque una cosa estaba fuera de toda duda: habían pretendido eliminarle.

—Y si no me engaño, tratarán de repetir la suerte —murmuró, mientras revisaba cuidadosamente el camarote en busca de otra posible trampa.

No la había, pero no debía descartar un nuevo atentado. Lo mejor era estar prevenido.

Aquella noche instaló un sistema de alarma en la puerta: un simple hilo atado por un extremo al pomo y el otro a su dedo

meñique.

Muy avanzada la hora, sintió un tirón en el dedo. El hilo era lo suficientemente fuerte para despertarle, pero no tanto que no cediese fácilmente con el primer tirón.

En el acto se sentó en la cama. La luz de las estrellas que entraba por el «ojo de buey» le permitió ver a dos individuos, uno de los cuales empuñaba un pesado cuchillo.

«Fallado el primer procedimiento, recurren a uno de los más clásicos. Y también seguro», pensó.

Los asesinos se acercaron a la cama. Súbitamente, un rugiente tigre se corporeizó a los pies del lecho.

—Si movéis una sola pestaña, haré que el tigre os destroce —amenazó Lann desde el lecho.

Los intrusos se quedaron quietos en el acto. Un segundo tigre se unió al primero, enseñando míos dientes de pavorosas dimensiones.

Lann saltó de la cama y encendió la luz. Los tigres seguían gruñendo amenazadoramente. El pánico clavaba en el suelo a los asesinos.

Uno de ellos usaba uniforme de tripulante. El otro, a juzgar por la vestimenta, era iowariano.

—Vuestros nombres —pidió Lann, a la vez que hacía un gesto con la mano derecha.

—Swoki —contestó el tripulante.

—Querius —dijo el otro.

—Habéis venido a asesinarme —acusó Lann.

—Sí —admitieron los dos simultáneamente.

—¿Cuál es mi precio?

--Un supersextercio para cada uno —respondió Swoki.

—No está mal, mil quinientos sextercios por eliminar a un tipo molesto —comentó Lann—. ¿Quién es el tipo que derrocha el dinero de tal manera?

—No lo sabemos —dijo Querius.

—Vamos, vamos, no bromees —rezongó Lann—. Tienes que conocer al tipo que os dio la orden de matarme.

—Te aseguro que no lo conocemos. Yo me encontré las dos monedas en el camarote, con las instrucciones precisas, escritas dentro de un sobre, en una cuartilla que se destruyó a los pocos momentos.

—Eso significa que el tipo que ordenó mi muerte te conocía, ¿no es cierto?

—Supongo —admitió Querius.

—¿Qué hacías tú en Iowar?

—Lo…, lo que salía.

—Ladrón, asesino y todo lo que se terciase. ¿Y tú, Swoki?

—Traigo artículos de contrabando desde Sharion XII y Querius se encarga de venderlos.

—Un magnífico ejemplo de colaboración entre ciudadanos de dos planetas cuyos Gobiernos se detestan profundamente —comentó Lann con acento lleno de mordacidad—. Pero, me imagino, alguien tiene que enterarse de mi muerte.

—Sí —contestó Querius—. Swoki debe arrojar tu cuerpo al espacio, por el expulsor de desperdicios. Luego, yo iré a comunicar tu muerte.

--¡Qué vergüenza! Luego se quejarán de la contaminación del espacio. Se arrojan demasiados desperdicios y… ¿Adónde debes ir a comunicar mi defunción, Querius?

—Camarote 315-VII-R

—Muy bien. Celebro vuestras respuestas, amigos. Y ahora, tú, Swoki, lárgate. Ya has arrojado mi cadáver al espacio. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Swoki se largó sin añadir palabra. Lann se encaró con el otro.

—Ya me habéis asesinado —dijo—. Ahora, a comunicar la buena nueva al generoso donante de los dos supersextercios.

Querius giró sobre sus talones y salió del camarote. Lann le siguió en el acto.

Había dormido vestido, así que no tuvo necesidad de cambiarse de ropa. Siguiendo a Querius, llegó a la séptima cubierta y caminó a lo largo del corredor R.

El asesino se detuvo ante el camarote señalado con el número 315. Abrió la puerta y dio un paso en el interior.

—Tus órdenes han sido cumplidas —dijo—. Lann ha sido arrojado al espacio. —Gracias, puedes irte.

Querius salió del camarote y se alejó. Lann le permitió irse; aquel sujeto ya no le interesaba.

Esperó unos momentos. Luego se acercó al camarote y, tras una ligera vacilación, abrió la puerta.

Encendió la luz, a la vez que se situaba a un lado. Su asombro fue enorme al ver que la estancia se hallaba completamente desierta.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil, sumido en un profundo desconcierto. Luego, reaccionando, corrió hacia el cuarto de baño.

También estaba vacío.

—Pero, ¿qué diablos…?

Si no lo hubiera visto con sus propios ojos, si no hubiera escuchado las palabras de Querius y su respuesta, habría jurado que todo era un sueño.

Profundamente intrigado, examinó el camarote. De repente, sobre una consola, descubrió algo que llamó profundamente su atención.

Era un vulgar receptor-emisor de radio, con la antena telescópica desplegada. Lann chasqueó los dedos al comprender la verdad.

—Querius tenía orden de dar su informe verbal —murmuró—. Lo hizo así y el otro le oyó y se dio por enterado… ¿desde qué camarote?

Lanzó un suspiro de decepción. Había miles de camarotes a

bordo. Imposible encontrar al hombre que había dado orden de asesinato.

Lo peor de todo, se dijo, era que el enigmático individuo sabía ya que él no era Harno Brodno, sino Magnus, *él Mago.*

—Y, ¿cómo diablos se ha enterado?

Cualquiera lo sabía, masculló irritadamente, mientras, frustrado, se dirigía de nuevo a su camarote.

* * *

El ayudante del sobrecargo era una mujer. Tenía el pelo negro y los ojos verdosos. Su figura era perfecta.

Lann se inclinó hacia ella y sonrió.

—Quiero pedirle un favor —dijo.

—Por supuesto, señor...

—Brodno, hermosa. A propósito, ¿cómo se llama usted?

—Xeila, señor Brodno...

—Llámeme Harno, ése es mi nombre, Xeila. El favor es el siguiente: ¿quién ocupa el camarote 315-VII-R? Xeila manejó las teclas de una informadora automática. Al cabo de unos instantes, la pantalla se encendió y Lann pudo leer:

> «Camarote 315-VII-R figura a nombre de T. Thonilam. No se presentó en el momento del despegue.»

—Lo siento, Harno —dijo Xeila.

—Es una lástima —Lann guiñó un ojo a la hermosa shanomita —. ¿Casada? ¿Soltera? ¿Con compromiso?

—Todo negativo, menos lo de soltera —rió ella.

—En el comedor de la segunda cubierta sirven unos platos típicos sharionitas realmente excepcionales. ¿Puedo esperarla a las siete, hora de a bordo?

Xeila le devolvió el guiño.

—Me muero por los platos típicos sharionitas —contestó.

CAPITULO X

Lann y Xeila cenaron juntos aquella noche.

Xeila, además de hermosa, poseía una simpatía arrolladora. Cuando Lann le propuso tomar luego una copa en su camarote, ella aceptó sin remilgos.

Lann y Tania se encontraron al día siguiente, a la hora del desayuno. Tania le volvió la cara.

El joven sonrió.

«¿Celosa?», murmuró para sus adentros.

Pero el momento del aterrizaje se acercaba ya. Estaban llegando al término de su viaje.

Sharion era ya visible a ojo desnudo. Su diámetro aumentaba rápidamente.

Por los altavoces del inmenso navío estelar se hicieron recomendaciones a los pasajeros para una mayor facilidad en el desembarco. Lann había preparado ya su equipaje.

Otra preocupación se había añadido a las muchas que llenaban su mente: ¿quién era T. Thonilam?

«Mi ventaja es que me cree muerto», se dijo.

Poco después de mediodía, la nave tomó tierra en el astropuerto de la capital.

Los trámites aduaneros eran muy sencillos. Además, infinidad de pasarelas automáticas permitían un rápido desaloje de la nave a sus ocupantes.

Por el lado opuesto, naves auxiliares trasbordaban la carga. Lann se dejó llevar por una cinta, hasta la aduana. Unos funcionarios examinaron distraídamente su equipaje.

Minutos más tarde, montaba en un monorrueda de alquiler.

—Llévame al Astropol —ordenó. —Bien, señor.

El monorrueda corría por la autopista a una velocidad exorbitante, guiado por un canal de ondas electromagnéticas que evitaban las colisiones. La ciudad, inmensa, con altísimos edificios, algunas de cuyas cúspides se perdían en las nubes, llenaba todo el horizonte.

Un cuarto de hora más tarde, el vehículo se «desenganchó» de su canal-guía y el conductor tomó la ruta apropiada para llegar al hotel que Lann había elegido para su alojamiento.

Era uno de los más reputados de la capital. A Lann le fastidiaba aparecer como un turista adinerado.

Hubiera preferido mucho mejor ir bajo su aspecto normal, vivir en los barrios bajos, comer en las tabernas, divertirse con las alegres camareras, congregar al gentío a su alrededor, para pasmar a los

espectadores con sus trucos…

—¿Qué le debo? —preguntó al taxista, cuando el vehículo se detuvo frente al hotel.

—Dos sextercios, señor.

Lann puso en la mano del sharionita tres monedas.

—Se lo ha merecido —dijo.

—Gracias, señor. ¿Puedo darle un consejo?

—Por supuesto, amigo —sonrió Lann.

—Tiene usted muy mala cara. Vaya a que le vea un buen médico. En su lugar, yo iría al doctor Pyod. Vive en la Carrera Centésimo Primera, número mil doscientos. Le curará, créame.

Lann miró al taxista de hito en hito durante unos instantes.

Luego sonrió.

—Seguiré su consejo, amigo. Y se apeó.

La puerta estaba abierta por el portero del hotel, quien le hizo una profunda reverencia. Dos empleados se hicieron cargo de su equipaje.

Llegó a la recepción y se inscribió en el registro. En la casilla que ponía «Objeto del viaje», escribió: «Cura de aguas en Tyr-U-Tyr.»

El atildado recepcionista leyó la inscripción.

—Oh, señor, qué coincidencia —exclamó.

—¿Coincidencia? —Lann elevó las cejas.

—Sí, señor. Tenemos un concierto con la empresa de los balnearios de Tyr-U-Tyr y nos suministran agua para los baños de nuestros clientes. En el momento en que lo desee, podemos prepararle un baño con agua de Tyr-U-Tyr, en las mismas condiciones que hallaría en uno de aquellos acreditados balnearios. El transporte se realiza de tal modo, que el agua no pierde una sola de sus virtudes.

—Es estupendo —sonrió Lann—. De este modo, podré curarme en la capital, sin necesidad de privarme de las diversiones que hay

aquí.

—Una excelente combinación, señor —aprobó el recepcionista.

Lann fue conducido a su habitación, una estancia regia. Dio una propina en consonancia y luego fue al lavabo.

Minutos más tarde, llamaron a la puerta.

Una encantadora muchacha apareció ante sus ojos. Sobre el lado izquierdo del pecho llevaba la insignia del hotel.

—Soy la encargada de prepararle el baño, señor —anunció con dulce acento.

—Encantado, señorita. Pase usted, por favor.

La joven se dirigió al baño. Minutos después, salió y dirigió una cálida sonrisa al huésped.

—Todo listo, señor —informó.

Lann le entregó una moneda de cinco sextercios. Ella agradeció la propina, pero, antes de salir, fue detenida por la voz del huésped:

—Señorita, ¿cómo llegan hasta aquí las aguas de Tyr-U-Tyr?

—Oh, tenemos depósitos especiales y cañerías independientes de la red general —contestó la chica. —Entiendo. Muchas gracias. —A usted, señor.

Lann se quedó solo. Emitió un hondo suspiro y se trasladó al cuarto de baño.

Empezó a quitarse la ropa, que arrojó sobre un taburete. Uno de sus gestos resultó excesivo y uno de los calcetines fue a parar directamente a la bañera.

El agua empezó a husmear inmediatamente.

* * *

Lann se quedó con la boca abierta. Salían grandes burbujas del

lugar donde había caído el calcetín y se oían unos siniestros «glu-glús» que ponían los pelos de punta.

Contempló fascinado el fenómeno. El calcetín desapareció totalmente, en menos de quince segundos.

Tenía la frente cubierta de sudor. Probó con la camisa.

El resultado fue idéntico, si bien hubo más humo y más borbotones, pero la camisa quedó igualmente disuelta en el agua.

—Si es que esto es agua —masculló.

De repente, se le ocurrió una idea. En el equipaje tenía un par de zapatos terrestres, hechos con cuero legítimo.

El calcetín y la camisa eran de fibras sintéticas, pero los zapatos estaban construidos con materia orgánica.

Lanzó el par entero al agua. El fenómeno se reprodujo otra vez.

Sentía náuseas. De haberse metido en la bañera, habría perecido disuelto en aquel líquido que alguien, con un exceso de optimismo, había llamado agua de Tyr-U-Tyr.

Durante unos segundos, se mantuvo irresoluto. Luego encontró la solución para sus dudas.

Debía esperar. Alguien tenía que venir a vaciar la bañera.

* * *

Dos hombres, con la insignia del hotel en sus respectivos uniformes, entraron media hora más tarde y se dirigieron directamente al cuarto de baño.

—¿Habrá…? —dudó uno de ellos.

—Claro, ¿qué te crees? El ácido lo disuelve todo, muchacho, menos el metal, claro.

—Entonces, él ha muerto.

—Imagínate.

Los dos empleados entraron al baño.

—¿Lo ves? Ni rastro queda de él.

—¡Es horrible...!

—Pero seguro, muchacho. Anda, trae su equipaje. Tiene que desaparecer también.

El empleado salió del baño y pasó por delante de Lann, quien estaba sentado tranquilamente en un sillón. El poder de hipnotismo del terrestre le hacía resultar invisible a los ojos de los sharionitas.

El equipaje de Lann fue a parar íntegro a la bañera. De nuevo se oyó aquel siniestro gorgoteo que ponía los pelos de punta.

Listo —dijo el empleado que parecía llevar la voz cantante—. Dentro de unos minutos, los trozos de metal estarán completamente secos y podremos llevárnoslos.

—Me pregunto por qué era necesario liquidar a ese fulano —masculló el otro.

—Grios, aquí, en este puesto, se ve, se oye y se calla. Preguntar es tanto como jugarse el pescuezo. Asunto de Estado, ¿comprendes?

—¿Un espía?

—Figúrate.

Diez minutos más tarde, los dos empleados salieron del baño. Uno de ellos llevaba en la mano un pequeño saquete, que contenía los objetos metálicos que no habían sido disueltos por el ácido.

—Menos mal que me cambié de ropa antes de que vinieran esos pájaros —dijo Lann, para consolarse.

Y como Harno Brodno estaba muerto, empezó a pensar en su nuevo disfraz.

* * *

En el Astropol ya no podía continuar, de modo que lo más prudente era abandonar el hotel. Estaba seguro de que no lo conocían bajo su auténtico aspecto, así que fue José Lann el que cruzó el vestíbulo, sin que el recepcionista hiciera otra cosa que dirigirle una mirada distraída.

Salió a la calle. Ya era de noche.

Había algo que estaba fuera de toda duda, y era que se hallaba metido en un juego, en el que se agitaban intereses más fuertes que los de una simple fórmula química.

—Iowarianos contra sharionitas y yo en medio —se dijo amargamente, mientras buscaba un lugar donde llenar el estómago.

Por fortuna, las preocupaciones no le habían quitado el apetito y la cocina sharionita tenía fama. El restaurante en que entró justificó el precio que Lann pagó por su cena.

Después salió a la calle. Agitó la mano al ver un monorrueda libre. Entró en el vehículo.

—Lléveme a la Carrera Centésimo Primera, número mil trescientos —ordenó.

—Al momento, señor.

CAPITULO XI

La 101a Carrera era una ancha avenida situada en uno de los barrios más exclusivos de la capital. No había edificio que superase los dos pisos y todos ellos estaban rodeados de su parque privado.

—Aquí sólo vive gente rica —se dijo.

Pagó el importe del viaje y anduvo unos pasos. Luego cruzó a la otra acera.

Estaba frente al número 1280. Retrocedió unos centenares de metros y, al fin, se halló frente a la casa del doctor Pyod.

El aspecto del edificio justificaba el que su dueño fuese el médico personal de la superduquesa.

—Menudo sueldo debe de tener —calculó.

La casa, flotaba, suspendida por antigravedad y lo mismo pasaba con algunos sectores del jardín, elevados en escalinata, con objeto de mejorar la perspectiva artística del conjunto. No cabía la menor duda de que era un notable espécimen de la arquitectura sharionita.

Lann se acercó a una puerta enverjada y buscó el llamador. Las cosas en Sharion eran poco distintas que en la Tierra y tardó en encontrar un interfono hábilmente disimulado a un lado del marco.

Llamó. No le contestó nadie.

—Tal vez esté en palacio, con la superduquesa —calculo—. Le esperaré.

Dio un salto, teleportándose a sí mismo, y franqueó el muro. Luego caminó a lo largo de los jardines.

Suspendido el edificio en el aire, no se divisaba ninguna escalera de acceso. Lann pensó que tal vez habría algún ascensor disimulado en alguna parte, pero no consiguió verlo.

Iba a levantarse de nuevo en el aire, cuando, de pronto, oyó un ruido.

Miró hacia el origen del sonido. Un hombre acababa de saltar de la casa, por el lado opuesto.

La actitud del individuo no parecía muy clara. Lann corrió hacia

él.

—¡Eh, párate! —gritó.

El hombre, al parecer, no se había dado cuenta de su presencia y se volvió sobresaltado al oír la voz de Lann. Durante un segundo, titubeó, pero casi en el acto, sacó una pistola neutrónica.

Lann adivinó el gesto y saltó hacia arriba, apartándose de la trayectoria de la descarga una fracción de segundo antes del disparo. Bajo sus pies cruzó velocísima una raya rojo-blanca de intolerable resplandor que, tras arrasar algunos arbustos, fue a perderse en la tapia.

Prudentemente, Lann permaneció parapetado tras la casa durante unos momentos. Luego se arriesgó a descender.

Tal como suponía, el desconocido se había esfumado. Hizo una mueca de frustración y se dedicó a buscar una entrada.

La puerta principal estaba entreabierta. Cruzó el umbral y se encontró en un vestíbulo de diseño estremecedoramente futurista.

Había un par de puertas a ambos lados. Una escalera suspendida conducía al piso superior donde, indudablemente, estaban los dormitorios.

Se asomó a la primera puerta. Detrás de una mesa de despacho, asomaban los pies de una persona.

* * *

Lann se llenó los pulmones de aire. Dio unos cuantos pasos más y se situó al otro lado de la mesa.

Indudablemente, el muerto era Pyod. Había sufrido una muerte de perro, con un finísimo cable de metal enrollado en la garganta. Su cara ofrecía un aspecto espantoso.

El cable, en algunos puntos, se había incrustado en la carne y se habían producido unas pequeñas hemorragias. Lann volvió la vista a un lado.

Buscó algo para restablecer el equilibrio de su estómago. En un lado de la estancia divisó una consola con botellas y copas.

Necesitó un par de buenos tragos para serenarse. «Y ahora, ¿qué?», se dijo.

¿Quién le proporcionaría la fórmula de la longevidad?

Para Iotar LXXXVIII podía servirle como medio de prolongar su vida durante varios siglos más. El era más modesto; sólo quería vivir una existencia normal..., pero si regresaba a Iowar sin la fórmula, Iotar le dejaría morir envenenado.

La perspectiva no era demasiado alentadora. Lann sintió frío en la espalda.

Pensó en la posibilidad de buscar un rastro que le permitiese hallar al asesino. Concibió una idea, pero, cuando se disponía a ponerla en práctica, oyó pasos en el vestíbulo.

Cautelosamente, se situó junto a la puerta, un segundo antes de que alguien la abriera. Una persona, envuelta en un largo manto negro, entró en la habitación.

Se oyó un gemido. Tania de Kowr se estremeció con fuerza al ver el cadáver del doctor Pyod.

Detrás de ella, carraspeó alguien. Tania se volvió velozmente.

Una pistola neutrónica asomó entre los pliegues de su capa. Al reconocer a Lann volvió a lanzar una exclamación de asombro.

—¡Tú!

—Harno Brodno —sonrió el joven. Se inclinó ligeramente—. Señora de Galk —añadió.

Tania dudó un momento, pero acabó guardando la pistola.

—Está muerto —dijo.

—Indiscutiblemente —contestó Lann.

-¿Tú?

—No. Un desconocido.

—¿Seguro?

—Razonablemente seguro. Escapó cuando yo llegaba.

—Pudiste haberle detenido —acusó Tania.

Lann sonrió.

—Estuve a punto de perecer abrasado por un disparo neutrónico. Cuando reaccioné, el tipo había escapado ya.

—¿Y tus trucos de magia? —preguntó ella desdeñosamente.

—A veces resultan ineficaces. El asesino reaccionó demasiado rápidamente. Había muy poca luz y no tuve tiempo de hacer nada.

—Comprendo —admitió Tania las disculpas de su interlocutor —. ¿Por qué mataron al doctor?

—Conocía un importantísimo secreto —respondió Lann.

—¿La fórmula de la longevidad de la superduquesa?

—Sí.

—Ella tendrá una copia o dosis en abundancia de la medicina — aventuró Tania.

—Lo cual no me sirve a mí de nada —suspiró Lann.

Tania le miró extrañada.

—¿Por qué dices eso? —inquirió.

Lann se encogió de hombros.

Es un asunto particular —contestó evasivamente.

—Tú no viniste aquí por motivos de salud —dijo Tania—. En otro caso, hubieras solicitado día y hora de visita al doctor.

—Efectivamente.

—Eso significa que viniste por otros motivos. ¿La fórmula?

Lann calló. Sonreía.

—¿Para qué quieres la fórmula? —insistió ella—. ¿Deseas vivir

medio millar de años?

—Tal vez.

—Eres un agente de Iotar.

—A estas horas, es una afirmación superflua. Pero tú también eres una espía. Y una asesina, además.

—¿Yo, asesina?

—Tu fama, en este sentido, era notoria en la capital de Iotar. Y, además, siempre con magníficos resultados. Jamás fue hallado el cuerpo de una sola de tus víctimas.

Ella se echó a reír de repente.

—Mis víctimas desaparecieron, pero no de la forma en que tú supones —manifestó.

—No irás a decirme que no las conducías a la Embajada sharionita, en donde eran lanzadas a la Cloaca Máxima.

—Por el momento, prefiero no aclarar tus dudas —dijo Tania—. ¿Te marchas?

—¿Me vas a denunciar al servicio secreto de la superduquesa?

Tania vaciló unos momentos.

—Por el momento, y puesto que no has conseguido tus propósitos, no —respondió al cabo—. ¿Dónde te alojas?

—No lo sé —dijo Lann.

—¿Cómo? —se sorprendió Tania.

—Tomé una habitación en el Astropol, pero me dieron un baño disolvente. Ahora creen, una vez más, que estoy muerto.

Ella le miró vivamente sorprendida.

—Explícate, por favor —pidió.

Lann habló durante unos minutos. Al terminar, Tania dijo:

—Parece como si dos bandos se disputasen el honor de acabar

contigo.

—Yo también lo creo así. Uno de los bandos es el tuyo.

—¿Y el otro?

Lann se encogió de hombros.

—Por el momento, no lo sé, si bien me he formado una hipótesis. Sin embargo, no quiero afirmar nada hasta tener una razonable seguridad de acertar.

—Es lógico, Magnus, yo podría haberte matado.

—Pero no lo has hecho. ¿Por qué?

Tania sonrió imperceptiblemente.

—Quizá sienta una ligera debilidad por ti —contestó.

—¡Qué sorpresa! Agradable, desde luego. Pero no me gustan los asesinos profesionales, aunque sean mujeres, jóvenes y hermosas.

—Conmigo estás equivocado, pero no te sacaré de tu error. Voy a darte un consejo.

-¿Sí?

—Alójate en el Graynardia. Es un buen hotel, pero, sobre todo, discreto. Di que te envío yo. Te atenderán como a mí misma.

Lann se inclinó profundamente.

—Un consejo que seguiré con toda puntualidad, Sydai de Galk —contestó con acento jovial.

—Un día me gustará hablar contigo a solas, largo y tendido —dijo Tania.

—¿Para qué?

—Quiero saber de dónde provienen tus poderes mágicos. Pero esto requiere una larga y tranquila explicación.

Lann hizo un «pase» con la mano y sacó una rosa roja, que entregó a la joven.

Tania sonrió.

—Gracias, Magnus —dijo.

Y se marchó.

Lann quedó a solas con el cadáver. «A la superduquesa —pensó— no le agradaría saber que había muerto el hombre que prolongaba no sólo su existencia, sino también su belleza».

Al fin, se decidió a abandonar la casa, no sin antes poner en práctica la idea concebida anteriormente. Caminó hacia el lado opuesto a la entrada y saltó al suelo del jardín desde una altura de dos metros.

Sacó una minúscula linternilla. Instantes después, comprobaba que el asesino había cometido un terrible error.

Sus pisadas habían quedado nítidamente impresas en la tierra del jardín.

—¿Cómo puede un hombre ser tan torpe? —exclamó Lann.

En las pisadas, aunque al revés, se podían leer tres iniciales: G.I.I. Guardia Imperial de Iowar, significaban.

—Luego el asesino es un iowariano —dedujo—. Pero, ¿quién?

Cuando abandonó la mansión, no había logrado hallar todavía una respuesta satisfactoria a su pregunta.

CAPITULO XII

De repente, se sentó en la cama. Durante el sueño, su mente, que no dejaba de funcionar, había recordado un detalle olvidado hasta aquel momento.

El camarote vacío de la astronave, que debía haber sido ocupado por un tal T. Thonilam, amigo, compinche o tal vez el mismo individuo que, desde otro camarote, había ordenado su asesinato.

—Y si leemos Thonilam al revés, ¿qué resulta?

Malinoht era la respuesta. El oficial que le había llevado a presencia de su Gran Sabiduría.

¿Un esbirro del secretario en jefe, Dii Yuos, quien ambicionaba el puesto que ahora ocupaba Iotar?

De repente, sonó el fonovisor. Lann abandonó el hecho y se acercó al aparato, aunque manteniéndose prudentemente fuera del campo visual del objetivo.

Sabía de más de uno que había perecido por una descarga direccional de electrones, lanzada a través de la línea. No tenía ganas de que le «tostasen» de mala manera.

La voz de Tania sonó en el acto, aprensiva y nerviosa.

—Magnus, ¿estás ahí?

Lann se situó frente a la cámara.

—¿Qué ocurre, Tania? —preguntó.

—Necesito verte con urgencia. Ocurre algo muy grave.

Lann dudó unos instantes. Tania agregó:

—No es ningún ardid, te lo juro. ¿Cuándo estarás listo?

—Bueno, dame diez minutos para vestirme...

—Dentro de un cuarto de hora estaré a la puerta del Graynardia

—prometió ella.

—Conforme.

Lann se dio una rápida ducha y se vistió a continuación. En torno a sus caderas, se puso un ancho cinturón, con una pequeña escarcela en la que, además de algún dinero, llevaba algunos objetos que pensó podría necesitar. Luego abandonó la habitación y descendió al vestíbulo del hotel.

Tania había sido puntual. Ya le aguardaba en la puerta, con una aeronave de dos plazas.

Lann tomó asiento a su lado. Tania movió la palanca y el aparato despegó suavemente. Al elevarse, ella tocó una tecla y una cúpula transparente los envolvió por completo.

—Además es aislante —dijo—. No quiero que oigan nuestra conversación, Magnus.

—Muy bien —contestó él—. Dime, ¿de qué se trata?

—La superduquesa ha sido secuestrada y no se sabe dónde puede hallarse en estos momentos —manifestó Tania dramáticamente.

* * *

Lann guardó silencio durante unos instantes. Luego dijo:

—Cuéntame cómo ha ocurrido, Tania. —Ella estaba paseando por el parque de palacio. Un aparato como éste descendió inesperadamente de las alturas. Había dos doncellas que la acompañaban, pero los tripulantes del aeromóvil las mataron a tiros. Ella trató de huir y la izaron a bordo. El aparato desapareció en contados instantes.

—¿Qué hizo la guardia de palacio?

—El ridículo —contestó Tania rabiosamente.

—Resulta inconcebible que no estuviese protegido el espacio

aéreo del palacio —observó Lann.

—Nunca había ocurrido nada...

—Hasta que ocurrió. Y Hayra ha desaparecido.

—Desgraciadamente, así es.

—¿Se ha hecho pública la noticia?

—De momento, no. Se ha publicado un comunicado, declarando una ligera indisposición de la superduquesa, lo que obliga a cancelar las audiencias de hoy. Pero eso es todo.

—Entiendo. Tú has venido a buscarme para que te ayude.

—Sí —contestó ella.

—¿Por qué?

—Eres terrestre, un neutral en nuestras disputas.

—Trabajo para Iowar.

—Lo sé, pero creo que puedes conseguir tus propósitos, si nos ayudas a nosotros.

—¿Qué interés tienes tú en hallar a Hayra XXX?

—Soy una sharionita, recuérdalo.

Lann miró a la joven con desconfianza.

—¿Sólo por eso? —preguntó.

—¿Te parece poco motivo?

—A decir verdad, sí Hayra, ¿es tu madre? Contéstame sinceramente, Tania.

—No, y te lo repito una vez más: ni siquiera somos parientes. Pero tengo un vivo interés en hallarla.

—¿Por la recompensa?

—¡Naturalmente!

—¿Qué recompensa le pedirás?

—¿Es que no lo comprendes, estúpido?

Lann emitió una risita.

—¿Cuántos años tienes, Tania?

—Veintiséis. Todavía no ha empezado a sentirse apreciablemente la diferencia entre la edad temporal y la edad fisiológica.

—Es natural —contestó él—. Sólo dentro de diez o doce años se notará esa diferencia. Tendrás treinta y ocho y continuarás todavía con tu aspecto actual.

—Exactamente.

—Pero quieres seguir igual dentro de trescientos años.

—Y... ¿no es una ambición legítima?

—Bien mirado, sí. Tania, te ayudaré, pero con una condición inexcusable.

—La acepto —contestó ella sin vacilar.

—Quiero la fórmula de la longevidad, la auténtica, no unos trazos garrapateados de cualquier manera sobre un papel. Los científicos de Iowar pueden averiguar en el laboratorio si esa fórmula sirve o no, ¿entendido?

—Tendrás la fórmula —prometió Tania. Dudó un momento y luego preguntó—: ¿Ese es el motivo de tu estancia en Sharion XII?

—Sí.

—Te envió Iotar.

—En efecto.

—¿Por dinero?

—En parte, sí, pero también me obligó a aceptar la misión.

—¡Incomprensible! —exclamó Tania—. Una vez llegado aquí, tú podrías negarte perfectamente...

—Querida, ha transcurrido un mes largo desde mi entrevista con

Iotar. Si dentro de cincuenta y seis días no he entregado la fórmula, moriré irremisiblemente.

* * *

Tania se sentía impresionadísima.

—De modo que si un cirujano cualquiera intentase quitarte la cápsula, morirías —dijo, cuando él hubo explicado lo que le sucedía.

—Al menos, eso dijo Iotar y, francamente, prefiero no dudar de su palabra.

—Es lógico —admitió ella—. Bien, te prometo que tendrás la fórmula. Y ahora, dime, ¿qué paso sugieres dar primero para rescatar a la superduquesa?

—El jardín del doctor Pyod —respondió él sin vacilar.

—¿Qué esperas encontrar allí?

—El cabo del hilo que nos conducirá al ovillo.

—Es posible, pero te advierto que, a estas horas, la policía sharionita ya ha hecho pesquisas.

—Me lo imagino. ¿Denunciaste el hecho?

—Sí, no me quedaba otro remedio.

—Yo descubrí algo que a estas horas ya debe de saber la policía: el asesino fue un iowariano.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente —contestó Lann. —Eso es nuevo para nosotros. La policía no encontró el menor rastro, Magnus.

Lann se sorprendió.

—Eso significa que el asesino se dio cuenta del error cometido y volvió sobre sus pasos para subsanarlo —dijo.

—¿Qué error era, Magnus?

—Sus huellas. Saltó de la casa al jardín y sus pisadas quedaron en el suelo claramente impresas.

—Tú lo viste después de haberme ido yo.

—En efecto.

Tania se mordió los labios.

—Esto traerá complicaciones —murmuró.

—¿Entre Iowar y Sharion XII?

—Indudablemente.

—Quizá los cómplices del asesino han tomado precauciones para evitarlo —sugirió Lann.

—¿Qué clase de precauciones?

El se encogió de hombros.

—No lo sé, pero es lógico pensar así. ¿Vamos ya hacia la casa del doctor Pyod?

—Sí, en efecto; ésa es la dirección que seguimos.

* * *

El aeromóvil se posó en el suelo del jardín, cerca de la entrada. Tania se apeó y empezó a ascender, moviendo las piernas como si subiese por una escalera invisible.

Lann se quedó atónito.

—¡Eh! ¿Qué truco es éste? —exclamó.

Ella se volvió a mitad de la ascensión.

—Ninguno. Es una escalera de peldaños invisibles desde el suelo. Al poner el pie en el primero, se baja la vista y entonces se ve la

escalera. ¿Quieres hacer la prueba?

—En mi mundo, a estas cosas se le llaman esnobismo y ganas de presumir —refunfuñó él—. Baja, no hace falta que entremos en la casa.

Tania descendió de nuevo. Siguiendo a Lann, dio la vuelta a la casa.

El terrestre se detuvo en el mismo punto donde había visto las huellas la noche anterior. Ahora el suelo del jardín aparecía liso por completo.

Lann abrió su escalera y sacó una cajita de forma oblonga y color oscuro, provista de una diminuta antena plegable, que apareció con la simple presión de una tecla. Tania contemplaba en silencio las operaciones.

Lann se arrodilló y estudió unos instantes el suelo. Luego, con la mano derecha, empezó a pasear el aparato por el punto aproximado en que había visto las huellas del asesino.

La antena osciló varias veces a derecha e izquierda, hasta que se detuvo, fija, señalando un punto determinado. Lann emitió una exclamación de júbilo.

—¡Ya está! —dijo.

—¿Puedes explicarme qué es ese artefacto? —preguntó ella, sumamente intrigada.

—Es un detector de rastros de fórmulas corporales —explicó Lann—. La fórmula del asesino «impregnó», por decirlo así, el ambiente, y este aparato señala la dirección que tomó en su huida.

—Nunca había visto nada semejante —confesó Tania, pasmada —. Pero, ¿no crees que habría resultado más sencillo conseguirlo por medio de tus poderes mágicos?

Lann se puso en pie, sonriendo.

—Una de las cosas que jamás he podido explicarme ha sido mi impotencia para penetrar en las mentes ajenas —contestó.

—Pero hipnotizas a la gente.

—Hipnotizar no significa que pueda entrar en su mente,

comunicándome telepáticamente con el sujeto pasivo de mi acción. Si yo poseyera el don de la telepatía, mi poder de hipnotismo sobraría. Ahora mismo sabría qué piensas sin necesidad de, por ejemplo, hipnotizarte para darte la orden de que me comuniques tus pensamientos. ¿Lo entiendes?

—A la perfección —sonrió ella—. Eso explica el uso del detector.

—Sí, lo explica... —Lann se interrumpió un instante, contemplando la antena, que giraba enloquecidamente—. Y gracias a este trasto, podemos saber que el asesino está acercándose.

CAPITULO XIII

Lann agarró el brazo de la joven y tiró de ella, escondiéndose ambos tras un elevado seto, situado a poca distancia del lugar en que habían estado hasta aquel momento. Tania se sentía vivamente excitada y entreabrió la capa que llevaba puesta sobre su breve vestido.

Su mano asió la culata de la pistola neutrónica que pendía del cinturón. Lann adivinó sus intenciones y agarró su muñeca.

—Déjame a mí —pidió en voz baja.

Tania asintió. Segundos más tarde, vieron a un hombre que caminaba sigilosamente por el jardín.

El individuo llevaba en las manos una caja cuadrada, provista de un trío de antenas que giraban sincrónicamente, a varios cientos de revoluciones por minuto. Lann adivinó en el acto sus intenciones.

—Está borrando su rastro corporal —susurró.

—De este modo, impedirá que demos con su guarida que es, seguramente, donde está la superduquesa.

—Exactamente. Aguarda un poco y verás.

El sujeto avanzó una docena de pasos. De pronto, se encontró sosteniendo en las manos una gran bandeja con un humeante pavo recién asado.

Tania estuvo a punto de lanzar una carcajada, al ver la cara del individuo. Lann se puso en pie.

—¿No nos invita a participar de su festín, capitán Malinoht?

El iowariano le miró torvamente. De pronto, soltó la bandeja e intentó echar mano a su pistola.

El arma se le transformó en una serpiente que se agitaba enloquecidamente. Malinoht pegó un tremendo salto y, acobardado, intentó escapar.

Una recia verja de hierro le cortó súbitamente el paso. Malinoht giró en redondo y trató de huir por otro sitio, pero la reja se cerró por todas partes, incluso por arriba.

Malinoht se agarró a los barrotes y los sacudió con furia.

—¡Suélteme! —aulló—. Déjeme libre...

—¿Dejar libre a un asesino? —sonrió Lann—. Ni lo sueñe, amigo.

—Usted trabaja para su Gran Sabiduría. Su deber es ayudarme.

—¿Ayudar a quien intentó asesinarme a bordo de la astronave? ¿Se ha vuelto loco, Malinoht? Yo trabajo para Iotar, pero no para su secretario en jefe.

Malinoht palideció. Implacable, Lann continuó:

—Dii Yuos quiere ocupar el puesto de Iotar. También quiere la fórmula de la longevidad, como es de suponer. ¿Se la entregó el doctor Pyod, Malinoht?

—No la tiene él. Es muy complicada y la guarda la superduquesa

en un escondite secreto de su palacio.

—Y para obligarla a que declare cuál es el escondite, la han secuestrado, ¿no es cierto?

Malinoht apretó los dientes, pero no dijo nada.

—Contésteme a una pregunta, capitán —rogó Lann cortésmente —. ¿Qué beneficios espera obtener de sus acciones? ¿Dinero u honores?

El iowariano continuaba callado.

—Ambas cosas —terció la muchacha.

—Es posible —convino Lann—. Y ahora, vamos a lo más importante. ¿Dónde está la superduquesa? No creo que esté en la Embajada; resultaría demasiado arriesgado. ¿Qué me contesta, Malinoht?

—No diré nada —gruñó el iowariano hoscamente.

Lann se volvió hacia Tania.

—Podríamos avisar a la policía sharionita. Le obligarían a hablar.

—¿Qué hay de tu poder de sugestión, Magnus? —preguntó ella.

—Hombre, resultaría aburrido —contestó Lann displicentemente —. Me gustaría ver a Malinoht retorciéndose de dolor, suplicando clemencia mientras le arrancaban una a una las uñas de los dedos...

—¡Diablos, no! —se empavoreció el preso—. Prefiero decirlo yo voluntariamente.

—¿De veras?

—Sí, pero... suélteme.

—Primero, capitán, diga dónde está Hayra.

—El embajador tiene una quinta de recreo en los montes Khadion, no lejos del Pico O-Tso.

—Gracias, amigo.

Lann hizo un gesto con la mano y la jaula de hierro desapareció. El efecto de sugestión se borró de la mente del iowariano.

Entonces, Malinoht divisó su pistola caída en el suelo. Lanzando un aullido de alegría, se precipitó a recoger el arma.

Tania fue más rápida. Su pistola neutrónica escupió un fogonazo restallante. En menos de un segundo, Malinoht se convirtió en un montoncito de carbón sin forma humana.

—Lo siento —dijo ella—. No tuve otro remedio.

—Me extraña que digas una cosa así, cuando eres una asesina profesional —sonrió Lann.

Tania se puso pálida.

—Será mejor que no vuelvas a repetir más una cosa semejante —pidió con seco acento—. ¿Cuándo partimos para rescatar a la superduquesa?

—¿Mantienes la promesa de cederme la fórmula?

—Desde luego.

—En ese caso, opino que cuanto antes salgamos hacia el Pico O-Tso, será mejor para todos. Supongo que conocerás bien la geografía de tu planeta.

—Lo suficiente para no equivocar el camino —contestó Tania fríamente.

* * *

Era un paisaje de una belleza salvaje, bárbara, con montañas que parecían salidas de una mente en pleno delirio y precipicios cuya sola vista infundía vértigo. Algunas de las cimas ostentaban todavía blancos copetes de nieve.

Por el fondo de los precipicios, corrían ríos torrenciales. Aquí y allá, suspendidas sobre el abismo, se divisaban villas de recreo, a las que sólo se podía acceder por vía aérea.

Tania llevaba sobre las rodillas un mapa, con el que estudiaba los accidentes geográficos. Al fin, después de un buen rato de vuelo, apareció en aquel torturado horizonte una montaña gigantesca, que superaba en altura a todas las demás.

—Aquél es el Pico O-Tso —señaló la joven.

Lann pilotaba el aparato y lo orientó en dirección a la montaña. Era una inconmensurable pirámide, cuyas laderas se empinaban más y más a medida que ganaban en altura, hasta formar una afiladísima aguja cubierta de hielo, que resplandecía como una joya purísima bajo los resplandores de los tres soles de Sharion XII.

—La quinta del embajador debe de hallarse en las laderas —dijo Tania—. Según el mapa, está en el costado sudeste de la montaña.

—Vamos allá —contestó Lann.

—Magnus, yo creo que debíamos de acercarnos con precauciones —sugirió ella.

—¿Por detrás del edificio?

—Descendiendo por la ladera. Lo más lógico es que tengan vigilados el frente y los flancos. Ten cuidado con las turbulencias de aire.

—De acuerdo.

Lann orientó el aparato en el sentido adecuado y pocos minutos más tarde, se hallaban a escasa distancia de la cumbre.

La altura sobre el nivel de los mares de Sharion XII era de unos catorce mil metros. El panorama que se veía desde aquel lugar era de una magnificencia asombrosa.

—Ni en mi planeta hay nada igual —murmuró él, pasmado.

Descendieron con grandes precauciones, zarandeados de cuando en cuando por violentas corrientes de aire que surgían de los numerosos cañones de la ladera. Ocho mil metros más abajo, divisaron algunos edificios suspendidos sobre el abismo, pero a gran distancia todavía.

—No hay ninguno que no esté a más de dos o dos mil quinientos metros de altitud —dijo Tania.

—La presión atmosférica, ¿no?

Ella hizo un signo de aquiescencia. La cúpula del aparato aislaba el interior de la baja temperatura externa.

De pronto, Tania lanzó una exclamación. —¡Allí, Magnus!

Lann fijó la vista en el punto que ella le señalaba. A unos mil metros por debajo de ellos, se veía un edificio audazmente suspendido sobre el abismo.

Junto a la quinta de recreo, un impetuoso torrente se despeñaba en las profundidades, cayendo en vertical durante más de trescientos metros. El agua se convertía en vapor a la mitad de la caída, desflecándose en nubes que eran arrastradas por el viento a lo largo del desfiladero, cuyo fondo estaba situado a unos setecientos metros más abajo.

En la parte posterior de la casa había una explanada, en la que se divisaban un par de aeromóviles estacionados. Lann maniobró con rapidez, a fin de evitar ser vistos antes de tiempo.

Sus precauciones fueron inútiles. Apenas se había posado el aparato en tierra, cuatro o cinco individuos, armados con sendas pistolas, aparecieron ante ellos.

Tania lanzó un grito de alarma.

—No te preocupes —sonrió Lann.

Chasqueó la mano. Una docena de toros furiosos se materializaron de súbito y cargaron contra los sicarios, quienes, en el acto, retrocedieron a la carrera, guareciéndose en la casa.

—Bien —dijo Tania—, los has hecho huir, pero siguen ahí. ¿Cómo piensas hacer que evacúen la posición?

—Por el método clásico, desde luego.

Lann echó la cúpula a un lado. Hizo un gesto con la mano y dos piezas de artillería, de 105 mm. de calibre, con sus correspondientes sirvientes y armones de municiones, aparecieron en el acto.

Un oficial, provisto de un megáfono, lanzó una intimación :

—¡Salgan todos manos en alto o arrasaremos la casa a cañonazos!

Por el momento, no ocurrió nada. El oficial, en vista del silencio de los moradores del edificio, dio una orden:

—Primera pieza, un disparo de aviso. ¡Fuego!

El cañón retumbó ensordecedoramente. Tania lanzó un grito al sentir heridos sus tímpanos.

—¡Qué brutos sois los terrestres! —se quejó.

—Pero efectivos —rió él—. ¡Mira!

Un trapo blanco se agitaba en una de las ventanas.

—¡Nos rendimos! —gritó alguien.

—¡Salgan ya con las manos en alto y recuerden que ahora los cañones están cargados con metralla! —gritó el oficial.

CAPITULO XIV

Cuatro o cinco individuos salieron de la casa, manos en alto. Un pelotón de soldados, fusil en ristre, avanzó hacia ellos y los esposó convenientemente.

Lann hizo un amplio ademán con la mano.

—El paso está franco —dijo complacidamente.

—Me pregunto cómo han podido ver esos tipos irnos cañones que no existen —dijo Tania, sumamente intrigada.

—¿No los has visto tú también?

—Sí, claro, pero sé que es mentira.

—¿Acaso no has contemplado más de una vez películas de historia de la Tierra? En las imágenes se reproducen las armas y los uniformes que esos supuestos artilleros usaban. El efecto de sugestión ha hecho el resto.

—Es increíble —dijo Tania—. ¿De dónde te vienen tan fabulosos poderes?

Lann emitió un profundo suspiro.

—¡Ay, a mí también me gustaría saberlo! —exclamó.

Antes de entrar en la casa, se dirigió a uno de los prisioneros. Estaban inmóviles, con las manos juntas. Sólo Lann veía su verdadera situación; no había cañones, ni artilleros ni aquellas manos estaban sujetas por esposas.

—¿Está la superduquesa en la quinta?

—Sí —contestó el individuo.

—¿En qué parte?

—En la sala del mirador, en la planta inferior.

—Gracias.

Lann hizo un gesto con la mano y Tania le siguió. Entraron en la quinta, en la que reinaba un completo silencio y atravesaron unas habitaciones de servicio, hasta llegar a un salón, en uno de cuyos ángulos divisaron una escalera que conducía al piso inferior.

Bajaron la escalera con grandes precauciones. Llegaron a otra sala, cuyas paredes eran enteramente de cristal, y vieron a una hermosa mujer, sentada en un sillón.

Hayra dormía apaciblemente. Lann supuso que estaba bajo la acción de algún narcótico.

El terrestre se quedó admirado. La semejanza entre Tania y Hayra era absoluta.

—¿Os hicieron con el mismo molde? —bromeó.

—Está dormida —dijo Tania—. Tendremos que despertarla para llevárnosla de aquí.

—Temo que esas palabras sean solamente la expresión de un deseo y no de una realidad —sonó de repente una voz a espaldas de la pareja.

* * *

Lann se puso rígido. Durante un segundo, permaneció inmóvil.

Luego quiso moverse, pero oyó a sus espaldas el inconfundible chasquido del activador de una pistola neutrónica y se quedó quieto.

—En efecto —dijo la misma voz, ahora con acentos llenos de burla—. Acabo de activar una pistola neutrónica y bastará la más leve presión sobre el gatillo para convertirles a ambos en sendos trocitos de carbón.

Tania tenía los labios prietos. Lann inspiró con fuerza y dijo:

—¿Podemos, al menos, conocer tu nombre?

—No hay inconveniente —respondió el desconocido—. Soy Dii Yuos.

—¡El secretario en jefe!

—El mismo. Voy a hacerte una advertencia, Magnus. No intentes ninguno de tus trucos de magia, porque estoy pertrechado para eludirlos todos, ¿comprendes?

—¿De veras?

—No habría entrado en el juego con malas cartas —dijo Dii Yuos.

—Resultará curioso saber cómo lo has evitado —contestó Lann.

—No hay inconveniente.

Sonaron unos pasos. Un hombre apareció frente a Lann y Tania.

El terrestre respingó al ver aquel extraño casco que Dii Yuos llevaba puesto. Por la parte de delante, llegaba hasta la nariz, cubriéndola por completo.

El casco carecía de agujeros para los ojos. En cambio, más arriba de la frente tenía una extraña protuberancia, de forma rectangular, cuya cara anterior era de vidrio.

Yuos sonrió bajo el casco.

—Un ingenioso método de eludir tus trucos de magia —dijo—. La sugestión se basa principalmente en el efecto de tu mirada sobre la de las demás personas, pero siempre que ellas, aunque sea indirectamente, te miren de un modo directo, no sé si entenderás esta aparente incongruencia.

—Creo que empiezo a comprender —dijo Lann.

—Sí, justamente —confirmó Yuos—. Visión periscópica, he ahí la solución para evitar caer presa de tu poder de hipnotismo.

—No está mal —alabó el terrestre—. Confieso que a mí no se me habría ocurrido.

—No hay un arma para la que, a la larga, no se invente una contraarma eficaz. Es la eterna lucha del proyectil contra el blindaje.

—Tú estás ahora «blindado» contra mi fuerza de sugestión.

—Completamente —recalcó Yuos.

—Bien, en tal caso y puesto que mi magia es inútil, dinos qué piensas hacer con nosotros.

—Es muy sencillo. Tu hermosa acompañante tiene que contestarme a unas cuantas preguntas.

—¿Y si no quiero?

Yuos sonrió satisfecho.

—El hombre que tienes a tu lado, morirá —declaró.

* * *

Hubo un breve espacio de silencio. Lann se dio cuenta, en efecto, de que el ardid de Yuos resultaba una defensa eficacísima para sus artes mágicas.

Una o dos veces intentó hipnotizarle, pero se dio cuenta de que Yuos resistía perfectamente sus esfuerzos. Sólo había una solución: arrebatarle el casco.

Pero Yuos estaba a seis o siete pasos de distancia y usaría el arma apenas iniciase el salto. La situación, por tanto, parecía decantarse a favor del secretario en jefe.

—¿Qué preguntas son las que tienes que hacerme? —exclamó Tania de pronto, rompiendo el silencio.

—En realidad, es una solamente: ¿Dónde están los hombres a quienes secuestrabas en Iowar?

—No entiendo...

—Vamos, vamos, no trates de engañarme. Bajo tu capa de asesina profesional eras, en realidad, un agente de la superduquesa y secuestrabas a hombres de mi servicio secreto, que luego eran trasladados a Sharion. ¿Dónde los tienes?

—Ella te lo dirá cuando despierte —dijo Tania, señalando a Hayra.

—Es muy posible que tengas razón —admitió Yuos—. Entonces, ¿no han muerto?

Tania se encogió de hombros.

—Nos bastaba con quitarles de en medio. Están sanos y salvos y la lección que van a recibir les dejará sin ganas de seguir jugando a los espías.

—Tú también jugabas al mismo juego.

—Cuestión de suerte o de habilidad —dijo Tania.

—Sí, es cierto —convino Yuos—. Está bien, no me gusta abandonar a los míos, por lo que Hayra me dirá dónde están y dará órdenes de que los pongan en libertad.

—¿Crees que accederá?

—No tendrá otro remedio. La obligaré a ceder.

—Incluso diciéndote el escondite de la fórmula de la longevidad.

—Exacto.

—Fórmula que no irá a parar a manos de Iotar, sino a las tuyas —intervino Lann.

—En efecto, tales son mis intenciones. Quiero vivir tanto como ella. O más si es posible —declaró Yuos.

Lann se fijó en el individuo. Era un hombre alto, robusto, de gallarda figura. Debía de contar unos setenta años temporales, lo que le confería la apariencia de un hombre de treinta y cinco.

Un panorama nada grato para los iowarianos, si aquel sujeto lograba sus propósitos, se dijo.

Pero ello era ya una cuestión de política interna que, como extranjero, no le concernía. Eran los iowarianos quienes debían aceptar o rechazar a sus gobernantes.

—¿Cómo es posible que Hayra no te haya dicho todavía dónde guarda la fórmula? —preguntó.

—Tiene el cerebro acorazado contra las drogas narcóticas —respondió Yuos—. Puedo dormirla, pero no obligarla á que me conteste algo que no quiere decir.

—En tal caso, emplearás medios más drásticos.

—Puedes suponértelo —sonrió el iowariano.

—Estoy pensando en que a mí me vas a liquidar —dijo Lann.

—Sí, sabes demasiado. Lo he intentado varias veces, pero has tenido demasiada suerte. Ya se te ha acabado.

Lann se encogió de hombros.

—Alguna vez hay que morir —dijo—. El capitán Malinoht ha muerto.

—Se portó como un imbécil. Peor para él —dijo Yuos fríamente —. Tú ya no me engañarás más, como hiciste a bordo de la nave.

—¿Eras tú el que recibió el mensaje de los dos asesinos pagados?

—Sí, en efecto.

—Y también, supongo, el que organizó aquel bonito baño de aguas de Tyr-U-Tyr en el Astropol.

—Eso debe de ser cosa del servicio secreto de Sharion —contestó Yuos.

Lann miró a Tania. Ella enrojeció vivamente.

—Te juro que yo no tuve nada que ver con todo eso —dijo.

—En Sharion sabían ya que Iotar había enviado un mensajero especial para apoderarse de la fórmula. Resulta lógico que quisieran deshacerse de ti —manifestó Yuos.

—Vine a la fuerza —masculló Lann—. Su Gran Sabiduría me prometió un saco de dinero, pero si no me hubiese obligado, por otro medio, ni todo el oro de la tesorería de Iotar me habría hecho venir aquí.

—Desde luego —sonrió Yuos—. Pero el caso es que has venido. Y aquí es donde acaba la carrera de Magnus, *el Mago.*

—¿Tú crees?

—Lo creo firmemente —aseguró el iowariano. Y en el mismo momento, el pie derecho de Lann disparó con toda potencia una silla.

El mueble alcanzó la parte superior del casco de Yuos, quien se tambaleó, al mismo tiempo que apretaba el gatillo.

Lann se echó a un lado y eludió la descarga. Tania se tiró al suelo instantáneamente.

Yuos rugía de furor. El impacto de la silla había destrozado su visor y ahora estaba cegado.

Rabiosamente, se arrancó el casco. En el mismo instante, el puño

de Lann alcanzó su mandíbula.

Yuos se tambaleó otra vez, pero no cayó. Lann golpeó su muñeca armada y la pistola voló por los aires.

—Son Unos trucos enteramente carentes de magia —dijo alegremente, a la vez que disparaba de nuevo el puño.

El golpe resultó definitivo. Yuos salió proyectado irresistiblemente hacia atrás.

Su espalda chocó con el vidrio de uno de los ventanales, que saltó en mil pedazos. Atravesó el hueco y saltó al abismo.

Un horrendo alarido se escapó de sus labios. Lann se asomó medio cuerpo y vio caer a Yuos, revoloteando como un gran pájaro herido.

La figura del secretario en jefe se empequeñeció. Desapareció totalmente, absorbida por la distancia.

Lann se volvió hacia Tania, que se incorporaba en aquel momento.

—Creo que el asunto está solucionado —dijo.

—Quedan los de ahí afuera —alegó ella.

—Permanecerán «esposados» hasta que yo los suelte. Luego volvió la vista hacia la superduquesa. Chasqueó dos dedos.

—¡Despierta! —ordenó.

Hayra abrió los ojos lentamente. Miró con torpe expresión a su alrededor y luego posó su vista en el terrestre.

—¿Quién eres? —preguntó.

Lann hizo una profunda reverencia.

—Magnus, *el Mago,* señora —contestó.

Hayra se pasó una mano por la frente.

—Me siento muy aturdida... ¿Dónde está Yuos? —preguntó.

—Señora, ese traidor no debe perturbarte más el sueño —sonrió

Lann—. ¿No es cierto, Tania?

—Así es —corroboró la muchacha—. Creo que su Gracia necesita un estimulante —añadió.

—Voy a ver si encuentro algo apropiado para la ocasión —dijo Lann con jovial acento.

Y se dirigió hacia la escalera que conducía al piso superior.

CAPITULO XI

Cuando regresó, con una bandeja y tres copas, las dos mujeres parecían enzarzadas en una animada charla, que cesó apenas entró de nuevo en la sala.

—Le he contado cuál era tu misión aquí —dijo Tania.

Lann fijó los ojos en la superduquesa.

—¿Y bien?

—Iotar te envió para conseguir la fórmula de la longevidad.

—Así es, señora.

—¿Tienes mucho interés en conseguirla?

—Señora, mi existencia depende de tu bondad— respondió

Lann.

—Tania me ha contado lo de la cápsula de veneno. ¿Crees que es cierto? —preguntó Hayra.

—La prudencia me aconseja creerlo, señora.

—Sí, es una de esas cosas que conviene creer, por si son ciertas —dijo Hayra pensativamente—. Pero no sé si podré cederte esa fórmula.

Lann apretó los labios.

—No me gustaría tener que arrancártela a viva fuerza —dijo—. Se trata de mi existencia, señora, recuérdalo.

—Lo sé. Dime, Magnus, ¿de veras crees que tengo trescientos veinticinco años?

—Lo dice todo el mundo.

—¿Y si no fuera cierto?

Lann sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—Demonios —masculló—. Me quedan sólo unos cincuenta días de vida.

Hayra sonrió.

—Magnus, ¿te has parado a pensar en la cantidad de chicas sharionitas que son iguales a mí? —preguntó.

Lann miró de reojo a Tania.

—Ella dijo que se cambió la cara por la moda —contestó.

—¿Y si yo también me hubiese cambiado la cara?

—Confieso que no entiendo —dijo Lann. Hayra hizo un ademán.

—Tania, déjanos solos unos momentos —pidió.

—Sí, señora.

Hayra y Lann quedaron frente a frente. Al cabo de unos instantes, ella dijo:

—Voy a confesarte algo que sólo saben contadas personas en el archiducado. Mi edad no llega a los doscientos años y ello gracias a los desvelos y cuidados del doctor Pyod.

Lann se quedó pasmado.

—Eso es...

—¿Mentira? —sonrió Hayra.

—Resulta difícil de creer. ¿Quién, entonces, gobernó a Sharion durante los ciento veinticinco años anteriores?

—Mi madre. Murió secretamente por decisión propia. Quiso que todo el mundo creyera que seguía viviendo. Lo estimó así por el bien del archiducado. Oficialmente, soy Hayra XXX, pero debería corresponderme el número siguiente.

—Y tú..., tú has continuado la comedia por espacio de dos siglos.

—Con la ayuda de algunos fieles, entre los que se contaba el doctor Pyod.

—Pero... aún así, a tu aspecto...

—Ese es mi secreto y nadie debe saberlo —contestó Hayra—. Salvo los poquísimos que ya lo conocen.

Hubo un momento de silencio. De repente, Lann creyó comprender.

—Voy a convencerme de ello —dijo—. A fin de cuentas, es mi pellejo el que está en juego.

Y, repentinamente, antes de que Hayra se percatase de sus intenciones, avanzó hacia ella, agarró sus cabellos y pegó un fortísimo tirón.

Hayra lanzó un animal rugido de rabia. Lann se quedó en la mano con la mata de pelo y, además, la «cara» de la superduquesa.

Debajo de aquella máscara de piel finísima, sedosa y suave al tacto, apareció un rostro viejísimo, lleno de arrugas, de horrible aspecto. Los ojos de Hayra lanzaban fulgores de ira.

Enloquecida de rabia, agarró lo primero que encontró a mano. Era un pesado florero y Lann no tuvo tiempo de esquivar el proyectil.

El impacto le hizo perder el conocimiento instantáneamente. Hayra agarró el florero que, al ser de metal, no se había roto y lo levantó para golpear de nuevo la cabeza del atrevido.

De repente, sintió un intensísimo dolor en el pecho y se tambaleó.

—¡Tania! —llamó angustiosamente.

La joven oyó el grito y descendió las escaleras a saltos. Vio a Hayra ya arrodillada y a Lann tendido en el suelo y sufrió un fuerte choque.

—¡Señora! —gritó Tania.

Hayra tenía los labios blancos.

—El... co... ra... zón... —jadeó.

Sólo entonces fue cuando Tania se dio cuenta de la verdad. Pero casi en el mismo instante, Hayra sufrió un fuerte estremecimiento y se derrumbó sobre el pavimento.

Tania se arrodilló a su lado y le tomó el pulso. Luego fijó los ojos en Lann.

El terrestre sangraba por un lado de la cabeza. La hemorragia, sin embargo, no era excesiva.

Tania vio al lado la máscara y el florero. Ello le hizo comprender lo ocurrido.

* * *

Lann llenó una copa de vino y la despachó de un solo trago.

—Lo siento —se disculpó—. Yo ignoraba que ella padeciera del corazón.

—No tenías por qué saberlo —contestó Tania—. Nadie lo sabía, sino, tal vez, el doctor Pyod y no pudo informarnos de su dolencia cardíaca. Por otro lado, piensa que eran casi doscientos años.

—Demasiados años —gruñó él, tocándose la cabeza, en donde una cruz blanca señalaba el lugar donde había recibido el golpe—. Quizá no estuvo bien lo que hice…, pero sus esbirros intentaron bañarme con las aguas de Tyr-U-Tyr.

—Yo era uno de esos esbirros —dijo Tania.

—A ti no te acuso. Y no creo que hubieras consentido una canallada semejante. Pero, en fin, esto es agua pasada y no vale la pena seguir hablando de ello. Por cierto, ¿cómo te las arreglabas para que tus víctimas «muriesen» de amor, según dijiste en una ocasión?

Tania se echó a reír.

—Los citaba en mi departamento y los drogaba. Luego se los llevaba a la Embajada, de donde eran trasladados en la valija diplomática al astropuerto.

De repente se oyeron pasos en el exterior.

Una mujer apareció ante los dos jóvenes. Lann la miró con asombro.

—Soy Hayra —se presentó.

—¿Hija de Hayra y nieta de Hayra? —preguntó Lann. —Sí.

Era de edad madura, pero todavía bella. Contempló durante unos instantes el bulto cubierto con una manta, que yacía sobre el diván, y luego volvió los ojos hacia la pareja.

—Gracias por el aviso, Tania.

La joven se inclinó profundamente.

—Estoy al servicio de Su Gracia —declaró.

—En tal caso, voy a darte una orden. Y a ti también —se dirigió a Lann—. Ambos debéis olvidar lo que ha sucedido aquí. Hayra continúa viviendo, ¿estamos?

Lann parpadeó. La recién llegada tenía un bolso pendiente del brazo izquierdo, del que extrajo un objeto que dejó atónito al terrestre.

—La osamenta de nuestro cráneo es algo diferente —manifestó Hayra, antes de embutirse la máscara que le confería el aspecto de la

muerta—. Pero el disfraz cubrirá cualquier diferencia.

Hayra se retocó rápidamente la máscara. Luego fijó los ojos en los dos jóvenes.

—Gracias por haberme avisado, Tania. Hayra sigue viviendo. Es la ley, no escrita tal vez, pero dictada por mi abuela. Cuando me llegue el turno, mi hija hará igual que he hecho yo.

—Guardaremos el secreto —prometió Tania.

Lann se inclinó profundamente.

—Hayra ha muerto. ¡Viva Hayra! —exclamó.

* * *

—¿Traes la fórmula? —exclamó Iotar con avidez.

Lann sostenía en las manos una caja de forma cuadrada.

—Aquí está —dijo.

—Dámela —pidió Iotar.

La caja pasó a manos del soberano. Iotar sonrió con malicia.

—Ahora viviré seiscientos años, quizá setecientos... —dijo—. Será maravilloso, pero no quiero que queden testigos de lo que ha sucedido.

Iotar metió la mano dentro de su túnica y extrajo un frasquito que enseñó unos instantes en alto.

—Es el antídoto de tu cápsula de veneno —dijo.

Y lo estrelló contra el suelo.

Lann sonrió. Un tubito de unos dos centímetros de largo por medio de grueso cayó al suelo, junto a los restos del frasco.

—El veneno y el antídoto se han juntado —manifestó.

Iotar le miró boquiabierto. —¿Qué diablos…?

—La cápsula no podía entrar en contacto con el aire, so pena de disolverse instantáneamente —dijo Lann—. Bien, me colocaron una pequeña cúpula sobre la herida y un bisturí teleguiado hizo una incisión. Unas pinzas, también guiadas por radio, extrajeron la cápsula en un ambiente donde no había una sola mota de aire. Dentro de la cúpula, se hizo una envoltura antidisolvente para la cápsula, a petición mía, naturalmente. Yo quería que supieras que no tratabas con un tonto. Me imaginé lo que podía pasar y así ha sucedido.

Iotar estaba anonadado.

—Pero… entonces… la fórmula de la longevidad… —Está ahí, dentro de la caja.

Las manos de Iotar rasgaron nerviosamente la envoltura. Levantó la tapa y sacó una máscara que reproducía exactamente sus facciones.

—¿Es una burla? —rugió.

Lann se echó a reír.

—Póntela. Llévala puesta mientras vivas. Todo el mundo creerá que has conseguido prolongar tu aspecto otoñal, ya que no juvenil. Quizá consigas llegar a los ciento sesenta o ciento ochenta años. Pero no existe la fórmula de la longevidad.

—¡Me has traicionado! —rugió Iotar.

Lann le dirigió una mirada de desprecio.

—Te libré de una grave conspiración y ya he podido apreciar cómo demuestras tu gratitud. No existe la fórmula, repito, pero si existiera, preferiría morir antes de entregártela.

Dicho lo cual, se dirigió hacia la puerta. Desde allí, se volvió y miró al despechado Iotar.

—Está en marcha otra conspiración. Temo que no me tendrás a mí para defenderte.

De pronto se oyeron unos gritos muy próximos.

—¡Muera el tirano!

Iotar se puso a temblar.

—Enfréntate con tu destino —dijo Lann.

Y se apartó a un lado para que entrase la turba de conspiradores, empuñando toda clase de armas. Iotar empezó a chillar, pero sus gritos se apagaron bien pronto cuando un afilado cuchillo seccionó su yugular.

* * *

El trovador rasgueaba hábilmente las cuerdas de su instrumento. Cantaba viejas canciones de amor y baladas de acciones heroicas. La gente le escuchaba embobada en el ágora, donde se daban cita hombres y mujeres venidos de todos los puntos de la Galaxia.

Una salva de aplausos acogió la última canción. El trovador se dispuso a pasar su gorro, pero entonces una encantadora joven, de largos y sueltos cabellos negros, sucintamente vestida, se le anticipó con una pandereta en la mano.

—¡Vamos, amigos, pagad las inapreciables canciones de José, *el Trovador!*. —decía la muchacha—. Reconoced su arte con vuestros denarios y, mejor aún, con vuestros sextercios.

La chica hacía sonar la pandereta a la vez que se movía entre el público. Lann la miraba estupefacto.

Ella le recordaba a alguien conocido, pero no acababa de centrar su memoria. De pronto, la joven dio por terminada la recaudación y le miró con ojos reidores.

—Necesitas una colaboradora, José —dijo.

—¡Tania! —aulló Lann.

—La misma. Me ha costado dar contigo, pero al fin te he hallado.

—Es increíble. Tu cara... Tania le guiñó
un ojo.

—Hayra ha ordenado que nadie lleve su cara. Tuve que cambiármela. ¿Te disgusta?

—Si no lo hubieras hecho tú, yo mismo te habría llevado al cirujano.

Ella se echó a reír y se colgó de su cuello.

—De modo que ahora eres José, *el Trovador*. ¿Te has cansado de tus trucos de magia?

—Ya no puedo hacerlos, Tania.

—¿Cómo? —se sorprendió ella.

—No me preguntes cómo. He perdido todos mis poderes; es cuanto puedo decirte.

Tania se quedó pensativa unos momentos.

—Ya está —dijo al cabo.

—¿Sí? ¿Cuál es la solución?

—El golpe que te propinó Hayra. Quizá nunca hallemos una explicación, como tampoco la tenía tu extraño poder, pero creo firmemente que aquel golpe te privó de tu magia.

—Es verdad. Creo que tienes razón —concordó él—. De todas formas, no me importa demasiado.

Lann separó un momento a la joven y la miró embobado de pies a cabeza.

—Estás guapísima —dijo.

—¿Tan guapa como para pedir mi mano?

—Me gusta la vida errabunda, ir de un sitio para otro, cantar aquí hoy y mañana en otro planeta…

—Es una vida maravillosa —dijo Tania.

—¿Para ti también?

—Para los dos. ¿Empezamos?

Echaron a andar, estrechamente enlazados. La Galaxia entera era su mundo.

FIN